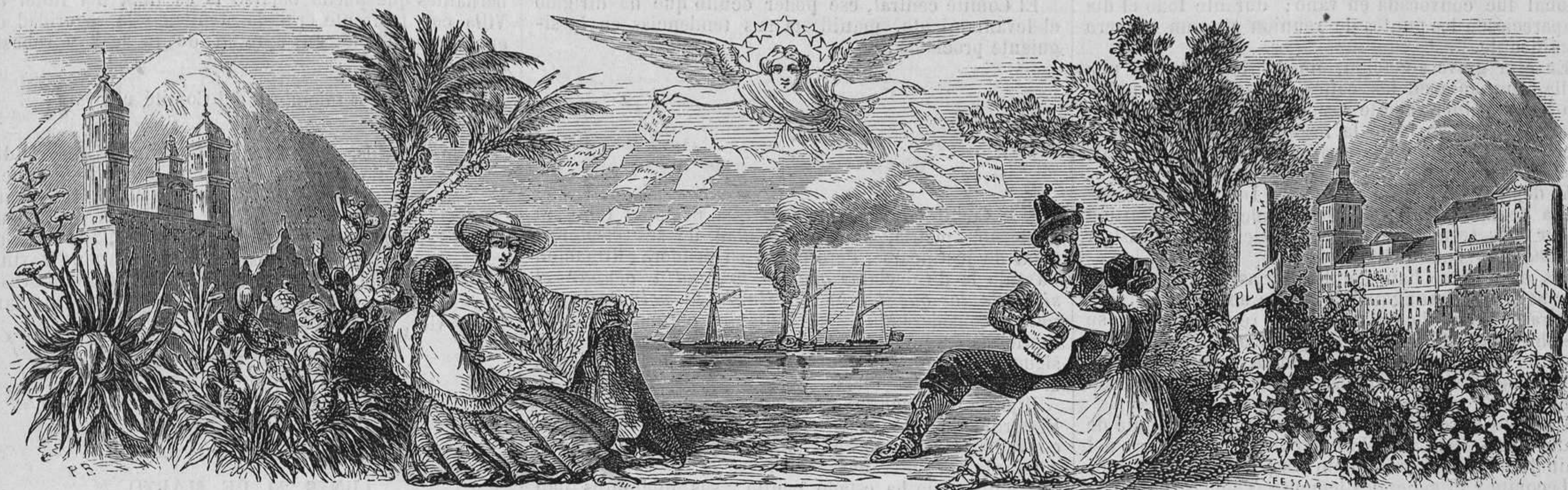


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 30. — N° 953.

SUMARIO.

Gustavo Flourens; grabado. — **Memorandum: La insurreccion del 18 de marzo y la Commune de Paris.** — Una historia del siglo XVII. — Una visita al Hotel de Villa; grabados. — Revista de Paris. — Poesias. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — La Commune en el Hotel de Villa; grabado. — Guardias nacionales regresando de su expedicion hácia el Monte Valeriano; grabado. — La guerra civil; grabados. — Historia: El tribunal de los Diez en Venecia. — Escenas de la vida inglesa. — Una expedicion a San Miguel del Fay, por Victor Balaguer. — La bateria de Breteuil en el parque de Saint-Cloud; grabado.

Gustavo Flourens.

Gustavo Flourens, nacido en Paris el 4 de agosto de 1838, hizo sus estudios en el Liceo Luis el Grande, tomó los grados de licenciado en letras y en ciencias naturales y fué profesor durante un año (1863) en el Colegio de Francia de un curso sobre las razas humanas. En el año siguiente no obtuvo la autorizacion necesaria para continuar sus lecciones y entonces salió para Inglaterra y Bélgica, y dió varias conferencias en Lieja y en Bruselas.

En 1866 estalló la insurreccion de Creta.

Gustavo Flourens tomó en esta rebelion una parte activa, y en 1868 la Creta le nombró presidente de la diputacion que envió á Atenas para hacerse representar en el parlamento helénico.

Llegado á Atenas Gustavo Flourens fué preso de noche y llevado por fuerza á bordo de un vapor francés por órden del gobierno griego y de la embajada francesa, en tanto que sus colegas cretenses fueron violentamente tambien llevados á Creta.

En 1869 Gustavo Flourens volvió á Francia y fué condenado á tres meses de cárcel por haber continuado dos reuniones políticas en Belleville, no obstante la disolucion pronunciada por el comisario de policia.

Concluida su pena, se batió en desafío en el mes de agosto con M. Paul de Cassagnac, escritor imperialista.

Después de la eleccion de Rochefort en la primera circunscripcion de Paris, Gustavo Flourens escribió en el periódico la *Marsellaise* una série de artículos bajo el epigrafe *Tribune militaire*, artículos que titulaba *l'Armée et le Peuple*, y que habia comenzado en el *Rappel* en compañía de Carlos Hugo y de Félix Pyat.

Gustavo Flourens ha dado á conocer la parte que ha tomado en el sitio de Paris, en un folleto publicado recientemente con este título: *Paris livré*.

La insurreccion del 18 de marzo le constituyó en uno de los jefes de la guardia nacional y ha muerto á la cabeza de uno de los cuerpos que salieron el 3 de abril para dirigirse hácia Versailles.

H. V.

Memorandum.

LA INSURRECCION DEL 18 DE MARZO

Y LA COMMUNE DE PARIS.

El cuadro que vamos á trazar aquí de los acontecimientos de que Paris es teatro, ofrecerá sin duda algunas repeticiones de cosas conocidas ya de nuestros lectores; pero en nuestro deseo de no dejar en la sombra nada de lo que pueda contribuir á formar el panorama compuesto del movimiento insurreccional de Paris que tomó desde el primer día un carácter tan grave y de consecuencias tan trascendentales para la Francia, vamos á emprender aquí una historia seguida de los sucesos trazada á grandes rasgos, que será como lo indica su título, un *Memorandum* de los hechos, día por día.

SABADO 18 DE MARZO.

Ya sabemos que los parques de artilleria reunidos en Montmartre, Belleville y Menilmontant por la guardia nacional, constituian una amenaza al gobierno. En la noche del viernes al sábado, el gobierno dió sus órdenes á la tropa para apoderarse de los cañones; y los soldados, llegado el instante de la lucha fraternizaron con los insurrectos. La rebelion habia triunfado; los regimientos que permanecieron fieles salieron de la capital á reforzar las tropas que se reunieron en Versailles en torno de la Asamblea.

Retirado el gobierno á Versailles, dió á la nacion el siguiente manifiesto:

«El gobierno provocado por la inesperada resistencia de un



Gustavo Flourens.

Comité central de la guardia nacional, no ha querido trabar una accion sangrienta. Esta resistencia hábilmente organizada, y dirigida por conspiradores tan audaces como pérfidos, se ha traducido por la invasion de un grupo de guardias nacionales sin armas y numerosos paisanos que se han arrojado sobre los soldados y deshecho las filas, arrancándoles sus armas. Arrastrados por estas culpables excitaciones, muchos militares han olvidado su deber. La guardia nacional fué convocada en vano; durante todo el dia no apareció en los puntos de reunion sino un número insignificante.

» En esta grave situacion, no queriendo trabar una batalla sangrienta en las calles de Paris, y cuando parecia no estar fuertemente sostenido por la guardia nacional, el gobierno tomó la resolucio de trasladarse á Versailles, al lado de la Asamblea nacional, la sola representacion legal del pais.

» Al dejar á Paris, el ministro del Interior accediendo á la demanda de los alcaldes, delegó á la comision que por ellos seria nombrada el poder de administrar la ciudad provisionalmente.

» Los alcaldes se han reunido varias veces, pero sin poder ponerse en ninguna de comun acuerdo.

» Durante este tiempo el Comité revolucionario se instalaba en el Hotel de Villa y hacia fijar dos manifestos: el uno, anunciando se habia posesionado del poder, el otro, convocando á los electores de Paris con el objeto de nombrar una asamblea comunal.

» En tanto se realizaban estos hechos, el comité de la calle de Rosiers, en Montmartre, era el teatro del criminal atentado cometido en las personas del general Lecomte y el general Clemente Thomas, cobardemente asesinados por una banda de sicarios. El general de Chanzy, que llegaba de Burdeos, fué arrestado en la estacion de Orleans, como igualmente M. Turquet, representante de l'Aisne.

» Los ministerios eran ocupados sucesivamente por la rebelion; invadidas las estaciones de los ferro-carri-les por hombres armados que imponian requisiciones arbitrarias á los viajeros, arrestaban los que suponian sospechosos y desarmaban á los soldados aislados ó en cuerpo que querian entrar en Paris. Al mismo tiempo varios barrios se cubrian de barricadas armadas con cañones y los ciudadanos estaban expuestos por do quiera á todas las exigencias de una inquisicion militar cuyo objeto era imposible adivinar.

» Este vergonzoso estado de anarquía empieza á conmover á los buenos ciudadanos, que notan demasiado tarde la falta que han cometido no prestando su concurso activo al gobierno nombrado por la Asamblea. ¿Quién puede aceptar, efectivamente, sin conmoverse, las consecuencias de esta deplorable sedicion que cae sobre la ciudad como una tempestad impensada, irresistible, inexplicable? Los prusianos están á nuestras puertas y nosotros hemos tratado con ellos. Pero si el gobierno que ha firmado los preliminares de paz es derrocado, todo queda anulado.

» El estado de guerra empieza y Paris se ve entregado fatalmente á la ocupacion.

» De este modo se hacen estériles los largos y penosos esfuerzos con que el gobierno habia logrado evitar esta irreparable desgracia; pero no es esto todo, sino que con esa lamentable rebelion no hay crédito, ni trabajo. La Francia no pudiendo satisfacer sus compromisos se ve entregada al enemigo que le impondrá su fuerte yugo. Hé aquí los amargos frutos de la locura criminal de algunos y del abandono deplorable de los otros.

» Todavía es tiempo de entrar en la senda de la razon y cobrar aliento. El gobierno y la Asamblea no desesperan. Acuden á la nacion y se apoyan en ella, decididos á seguirla resueltamente y á luchar sin debilidad contra la sedicion. Van á tomarse medidas enérgicas; que los departamentos las secundan agrupándose al rededor de la autoridad que emana de sus libres sufragios. Tienen en su favor el derecho, el patriotismo, la decision, y salvarán á la Francia de los horribles males que la acegian.

» Como ya lo hemos dicho, la guardia nacional de Paris se reconstituye para dar cuenta de la sorpresa que le han hecho. El almirante Saisset, aclamado en los boulevares, ha sido designado para mandarla. El gobierno está pronto para secundarla. Gracias á su union los facciosos que han atacado tan gravemente á la República, se verán obligados á entrar en la oscuridad; pero no será sin dejar detrás de ellos, con las ruinas que han causado, y la sangre generosa que han derramado sus asesinos, la prueba cierta de su afiliacion con los detestables agentes del imperio y las intrigas enemigas. El dia de la justicia está próximo; de la firmeza de todos los buenos ciudadanos depende que sea ejemplar.

DOMINGO 49 DE MARZO.

La guardia nacional de Paris se muestra evidentemente dividida en dos partes: la una que censura y

condena el movimiento, pero sin salir á la calle; y la otra que aprueba el poder del Comité central y que toma las armas.

Por todas partes se encuentran soldados errando á la aventura, mezclados en los grupos y contando como abandonaron á sus jefes en Montmartre.

El fusilamiento de los generales Lecomte y Clemente Thomas siembra el terror en todos los espíritus y se temen escenas de violencia.

El Comité central, ese poder oculto que ha dirigido el levantamiento, manifiesta sus tendencias en la siguiente proclama:

*
**

Si el Comité central de la guardia nacional fuese un gobierno, podria, por la dignidad de sus electores, dejar de justificarse. Pero como su primera afirmacion ha sido la de declarar que *no pretendia ocupar el sitio de los que habia destituido la voluntad popular*, considerando de su honradez permanecer en el límite expreso de la mision que se le ha confiado, sigue siendo un conjunto de personalidades que tienen el derecho de defenderse.

Hijo de la República que tiene por divisa la palabra Fraternidad, perdona á sus detractores; pero quiere convencer á los hombres honrados que han aceptado la calumnia por ignorancia.

El Comité no ha estado oculto: sus miembros han firmado todos los carteles que ha hecho fijar. Si estos nombres eran oscuros, no han evitado la responsabilidad que era grande.

No ha sido desconocido, porque fué nombrado por la libre expresion del sufragio de doscientos quince batallones de la guardia nacional.

No ha sido causante de desórdenes, porque la guardia nacional, que lo ha honrado aceptando su direccion, no ha cometido excesos ni represalias y se ha mostrado imponente y fuerte por la prudencia y moderacion de su conducta.

Y sin embargo, no han faltado las provocaciones; y además, el gobierno no ha dejado de tratar por los medios mas vergonzosos, de suscitar el mas espantoso de los crímenes: la guerra civil.

Ha calumniado á Paris y revuelto contra él á la provincia.

Ha mandado contra nosotros á nuestros hermanos del ejército que ha hecho morir de frio en nuestras plazas, en tanto que los esperaban sus hogares.

Ha querido imponer un general en jefe. Ha tratado con tentativas nocturnas de arrebatarnos nuestros cañones, despues que habiamos impedido que se entregasen á los prusianos.

En fin, con el auxilio de sus asustadizos cómplices de Burdeos, ha dicho á Paris: « Quieres mostrarte héroe, te tememos y por lo tanto te arrancamos tu corona de capital. »

¿Qué ha hecho el Comité central para responder á estos ataques? Ha fundado la federacion; ha predicado la moderacion, y, digámoslo de una vez, la generosidad; cuando el ataque de viva fuerza empezaba, decia á todos: « ¡Evitad la agresion y no contesteis sino en último caso! »

Ha llamado en su auxilio todas las inteligencias y las capacidades todas; ha solicitado el concurso de la oficialidad; ha recibido á todos los que invocaban el nombre de la República.

¿De qué parte estaba el derecho y la justicia? ¿De qué parte estaba la mala fe?

Esta historia es muy reciente y muy corta para que no esté en la memoria de todos. Si la escribimos, la víspera del dia en que vamos á retirarnos, lo repetimos de nuevo, es por las gentes honradas que han aceptado ligeramente las calumnias que nos ultrajaban, dignas tan solo de los que las habian esparcido.

Uno de los motivos mas grande de la cólera de estos últimos contra nosotros, es la oscuridad de nuestros nombres. Otros nombres eran conocidos, muy conocidos, y su notoriedad nos ha sido bastante fatal...

¿Queréis saber uno de los últimos medios que han empleado contra nosotros? Se negaban á dar pan á las tropas que han preferido dejarse desarmar antes que tirar sobre el pueblo. ¡Y nos llaman asesinos, ellos que castigan con el hambre á los que se niegan á ser asesinos!

Ante todo, lo decimos con indignacion; el fango sangriento con que quieren ensuciar nuestro honor es una infamia innoble. Nunca hemos firmado una sentencia de ejecucion, ni nunca la guardia nacional ha tomado parte en crimen alguno.

¿Qué interés podia haber y qué interés tendríamos nosotros?

Es tan absurdo como infame.

Además, es casi vergonzoso el defendernos. Nuestra conducta demuestra claramente lo que somos. ¿Hemos solicitado pensiones ú honores? Si somos desconocidos, habiendo podido obtener, como lo hemos hecho, la confianza de 245 batallones, ¿no es porque no hemos procurado hacernos una propaganda? La publicidad se obtiene fácilmente: algunas frases vacias ó un poco de cobardia basta, y el pasado que todos recuerdan, lo ha probado recientemente.

Encargados de una mision que hacia pesar sobre nuestras cabezas una responsabilidad terrible, lo hemos

cumplido sin vacilar, sin miedo, y tan luego como hemos llegado al fin codiciado, decimos al pueblo que nos ha estimado bastante para escuchar nuestros consejos que con frecuencia han herido su ansiedad impaciente: « Hé aquí la mision que nos habias confiado: donde empieza nuestro interés personal concluye nuestro deber; haz tu voluntad. Dueño mio, ya eres libre. Desconocidos hace algunos dias, vamos á entrar en tus filas para seguir ignorados y enseñar á tus gobernantes que puede bajarse la escalera del Hotel de Villa con la frente erguida, teniendo la seguridad de encontrar al pié un apretón de tu leal y robusta mano. »

Los miembros del Comité central:

Anvoine fils, Ant. Arnaud, G. Arnold, Assi, Andigoux, Bouil, Jules Bergeret, Babick, Boursier, Barou, Billioray, Blanchet, Castioni, Chouteau, C. Dupont, Ferrat, Henri Fortune, Fabre, Fleury, Fougere, C. Gaudier, Gouhier, Guiral, Gesmes, Grolard, Josselin, Fr. Jourde, Maxime Lisbonne, Lavalette, Charles Lullier, Maljournal, E. Moreau, Mortier, Prudhomme, Rousseau, Ranvier, Varlin, Viard.

LÚNES 20 DE MARZO.

El Comité central, haciendo las veces de gobierno, decide que las elecciones del consejo comunal de la ciudad tendrán efecto el 22 de marzo.

« Dentro de dos dias, dice, sereis convocados, en plena libertad, á nombrar la municipalidad parisiense. Entonces, los que por necesidad urgente ocupan el poder, depondrán sus títulos provisionales entre las manos de los elegidos del pueblo.

» Hay que tomar inmediatamente una decision importante relativa al tratado de paz.

» Declaramos desde ahora estar decididos firmemente á hacer respetar estos preliminares, á fin de resguardar á la vez la salvacion de la Francia republicana y de la paz general. »

A todo esto se elevan barricadas; la circulacion de las calles se hace difícil; y ¡cosa extraña! Paris no ha cambiado de aspecto, no ha disminuido el movimiento de las calles.

MARTES 21 DE MARZO.

El Comité central se hace cargo de todos los servicios: confia la prefectura de policia al comandante Duval, el ministerio del Interior al delegado Grelier y la telegrafia al ciudadano Combats.

El Comité sigue dando proclamas, y en una de ellas relativa á la ejecucion de los generales Lecomte y Clemente Thomas, se expresa en estos términos:

« El Comité de la Federacion de la guardia nacional rindiendo homenaje á la verdad, declara que es extraño á esas ejecuciones. »

Un aviso del mismo Comité dice que respetará la libertad de la prensa. Sin embargo, las redacciones del *Figaro* y del *Gaulois* han sido invadidas por los guardias nacionales y entrambos periódicos dejan de publicarse.

Los diputados y los alcaldes de Paris hacen esta importante declaracion:

*
**

« Ciudadanos:

» Penetrados de la necesidad absoluta de salvar á Paris y á la República evitando toda causa de conflicto, y convencidos de que el mejor medio de alcanzar este fin supremo es dar satisfaccion á los legítimos deseos del pueblo, hemos resuelto pedir hoy mismo á la Asamblea nacional la adopcion de dos medidas que si son adoptadas tenemos la esperanza de que contribuyan á producir la tranquilidad de los ánimos.

» Estas dos medidas son: la eleccion de todos los jefes de la guardia nacional y el establecimiento de un consejo municipal elegido por todos los ciudadanos.

» Lo que descamos, es lo que el bien público reclama en toda circunstancia, y lo que la presente situación hace mas indispensable que nunca: el orden en la libertad y por la libertad.

» Representantes del Sena :

- » Louis Blanc, V. Schœlcher, A. Peyrat, Edmond Adam, Floquet, Martin Bernard, Langlois, Edouard Lockroy, Farcy, H. Brisson, Greppe, Milliere.

» Los alcaldes y adjuntos de Paris. »

(Siguen las firmas.)

Todo el mundo lee con visible satisfaccion este cartel, creyendo que trae consigo el mas feliz desenlace de la espantosa crisis.

Los amigos del orden hacen una manifestacion importante. Una gran multitud, compuesta de guardias nacionales sin armas, recorre todo Paris gritando: ¡Viva Paris! ¡Viva la República!

MIÉRCOLES 22 DE MARZO.

La obra de conciliacion se hace difficil. La prensa publica la siguiente declaracion contra las elecciones comunales:

- « Considerando que la convocacion de los electores es un acto de la soberanía nacional;
- » Que el ejercicio de esta soberanía solo pertenece á los poderes emanados del sufragio universal;
- » Que por consiguiente el Comité instalado en el Hotel de Villa no tiene derecho para hacer la convocatoria;
- » Los representantes de estos periódicos consideran nula la convocacion, y aconsejan á los electores que no acudan á las urnas.

Le Journal des Débats, le Constitutionnel, le Moniteur universel, le Figaro, le Gaulois, la Vérité, Paris-Journal, la Presse, la France, la Liberté, le Pays, le National, l'Univers, le Temps, la Cloche, la Patrie, le Bien public, l'Union, l'Avenir libéral, Journal des Villes et des Campagnes, le Charivari, le Monde, la France nouvelle, la Gazette de France, le Petit Moniteur, le Petit National, l'Electeur libre, la Petite Presse.

Además, los alcaldes se niegan á prestar su concurso y el Comité central insiste. Se fija el número de consejeros en 90, repartidos segun la poblacion, del modo siguiente:

Districtos.	Poblacion.	Número de consejeros
I.	84,665	4
II.	79,909	4
III.	92,680	5
IV.	98,648	5
V.	104,083	5
VI.	99,115	5
VII.	75,438	4
VIII.	70,259	4
IX.	106,221	5
X.	116,438	6
XI.	149,641	7
XII.	78,635	4
XIII.	70,192	4
XIV.	65,506	3
XV.	69,340	3
XVI.	42,187	2
XVII.	93,493	5
XVIII.	130,456	7
XIX.	88,930	4
XX.	87,444	4
Total.		90

Se cierran las puertas de Paris por orden del Comité, abriéndolas solo para los carros de víveres. Todas las estaciones de ferro-carriles son ocupadas militarmente.

El general Cluseret ocupa el ministerio de la Guerra. En este dia se repite la manifestacion pacifica, que es recibida á tiros en la calle de la Paix; se cuentan de 20 á 25 víctimas.

Los diputados de Paris publican otra proclama contra las elecciones, predicando la union para la salvacion de la patria y de la República.

(Se continuará.)

Una historia del siglo XVII.

(Conclusion. — Véase el N° 952.)

—Silencio, mi noble amigo, acabo de perdonarle, tomad este anillo y conservadlo en mi nombre. Francisco vuestro hijo ama á una jóven sin fortuna, le he prometido interceder por él... cuento con que no os opondeis... Adios, Rubens.. hijo mio... Luis....

Aun entre dientes se le oia tartamudear este nombre querido muchas veces: despues sus labios permanecieron inmóviles y sus ojos se cerraron para siempre.

Todos los espectadores de esta terrible escena se retiraron compungidos y con el mayor silencio, despues que el hermano José hubo dicho:

- ¡Pobre reina!
- Y Rubens solo:
- ¡Madre desgraciada!...

V.

Pasados algunos meses, un extranjero montado en un magnífico caballo entró en la ciudad de Amberes, y quedó sorprendido al observar la profunda tristeza que parecia reinar en ella; porque era la época de las fiestas de la feria en que los habitantes de Amberes se entregan á los regocijos que les ofrece esta solemnidad comercial. No se oia la música del reloj elevado sobre la casa de la ciudad, las campanas de la catedral no difundian por los aires sus festivos sonidos, y por ninguna parte resonaba el tambor de las corporaciones y de las compañías de archeros, veíanse los habitantes con melancólica faz á las puertas de sus moradas preguntar á los transeuntes nuevas que parecian serles de sumo interés, á las que estos respondian con no menor misterio. Deseoso el extranjero de averiguar semejante problema, se dirigió hácia la fonda mas afamada.

Despues de haber elegido su habitacion, y luego que se mudó su traje de camino, descendió á la cocina del fondista, que mas bien parecia una vistosa sala, segun su esmerado aseo, y cuyas nítidas paredes resplandecian con la multitud de vasijas de cobre brillantes como el oro. El fondista poseido de la inquietud general paseábase confuso dirigiendo una mirada hácia un lado, reprendiendo hácia otro, y sin cesar, no obstante de salir á cada momento á los umbrales de su puerta.

—Tristes ferias teneis, le dijo el extranjero; ¿cómo no se entrega Amberes al regocijo en un tiempo consagrado á los placeres? ¿no van bien los asuntos en este año?

—Bien marchan, señor, gracias á Dios y á la Virgen; pero se ha resuelto espontáneamente por las autoridades y por todos los habitantes de la ciudad que no se celebren las fiestas ó que se suspendan hasta que haya Dios alejado de Amberes la desgracia que nos amenaza.

— ¿Pues qué desgracia os amenaza?

— ¿Dos horas há que estais en Amberes, y la ignorais? ¡quizá perdamos á Rubens! dos dias hace que la muerte nos le quiere arrebat.

Estas palabras causaron tal impresion en el extranjero que cayó en una silla pálido y sin poderse sostener.

—Toda la ciudad está consternada como habeis observado; las iglesias permanecen abiertas dia y noche, donde se hacen rogativas públicas para obtener de la misericordia divina que levante el azote que nos amenaza.

Pero el extranjero no prestaba atencion al fondista: apenas volvió de su sorpresa, levantóse y se dirigió precipitadamente á la mansion de Rubens.

Inmensa multitud rodeaba su casa, y no obstante tan considerable concurrencia, no se oia el mas ligero ruido, solo sí un sordo rumor que no podia penetrar hasta la estancia donde yacia el enfermo. Si algun carruaje se dirigia hácia aquel sitio volaban á su encuentro varios paisanos para hacerle tomar distinta direccion, y de esta suerte impedir

que el estrépito de sus ruedas turbase el reposo ó aumentase la agitacion del célebre pintor. De cuarto en cuarto de hora se dejaba ver un antiguo criado en el tramo de la escalera y noticiaba la inquietud ó la esperanza a la muchedumbre.

—Rubens parece estar mas aliviado, decia, y en un instante la feliz nueva circulaba en voz baja entre la multitud, y de allí se difundia á los diferentes barrios de la ciudad.

—El delirio parece querer apoderarse del paciente.

Estas palabras bastaban para disipar toda sonrisa y difundir en todos los oyentes el temor y la inquietud. En fin, á cada momento llegaban criados y lacayos á preguntar por la salud de Rubens y el pueblo repetia los títulos de sus señores, personas de esclarecido linaje, ó de opulento comercio.

— ¡Por san Francisco! ¡sois vos, señor Antoni Van Dick, vos que ha tan largo tiempo que os hallábais ausente! ¡Ah, en qué mala hora volveis! mi desgraciado amo espira, y á pesar de las repetidas y fervientes súplicas que elevamos al cielo, temo que Dios no las acoja.

— ¿No puedes, amigo mio, introducirme en su estancia?

— ¡Ay! qué espectáculo tan doloroso vais á presenciarse! la enfermedad ha progresado rápidamente. Incomodado hacia algun tiempo por la gota, Rubens no dejaba por eso de trabajar, pero habia renunciado á las grandes composiciones, y solo pintaba cuadros de poca entidad. En nada habia alterado su método de vida; se levantaba muy temprano como lo tenia de costumbre, y empleaba una gran parte del dia en su obrador. Tres dias hará que no oyéndole llamar á su criado como acostumbraba para ayudarle á vestirse nos sorprendimos en extremo, y despues de una hora de inquietud me atreví á entrar en su cuarto. ¡Ah! ¡qué espectáculo se ofreció á mi vista! Mi amo, mi querido señor yacia sin conocimiento; di voces, su hijo Francisco llamó al médico, y una sangría volvió el conocimiento á mi señor. Pero desde entonces el mal progresa de dia en dia, un tertago continuo le domina, del cual únicamente se ve libre para recaer en un violento delirio, en el que tan solo se escapan de sus labios las palabras de «pintura y gloria.» Madama Elena está sumergida en el mas amargo desconsuelo, y todos sus hijos no se atreven á separarse un instante de su padre. Su hijo mayor, el señor Francisco, que hace quince dias que se desposó, ¡cuán amargas bodas experimenta!

Van Dick penetró en la estancia de Rubens, y se arrodilló con un sentimiento de piedad á la puerta de este recinto donde el hombre de genio y de virtud debia en breve entregar su aima al Criador que se habia complacido en formarla tan cándida, tan noble y tan grande.

Elena Froment, cuya edad no habia alterado su belleza, permanecia sentada cerca de Rubens, mientras que sus tres hijos y la jóven esposa de Francisco lloraban silenciosamente. Los dos hijos del primer matrimonio, y Francisco, á quien el gobernador de los Países-Bajos habia dado el título de miembro del Consejo soberano de Brabante, consideraban triste y silenciosamente al pié de su lecho las facciones lividas y alteradas de su padre. Al ligero ruido que causó Van Dick al entrar en la estancia, alzó dulcemente el enfermo la cabeza, y tendió en torno suyo lánguidas miradas cual las de un hombre que sale de un profundo sueño, y reparando en su antiguo discípulo le tendió una mano que este acercó respetuosamente á sus labios.

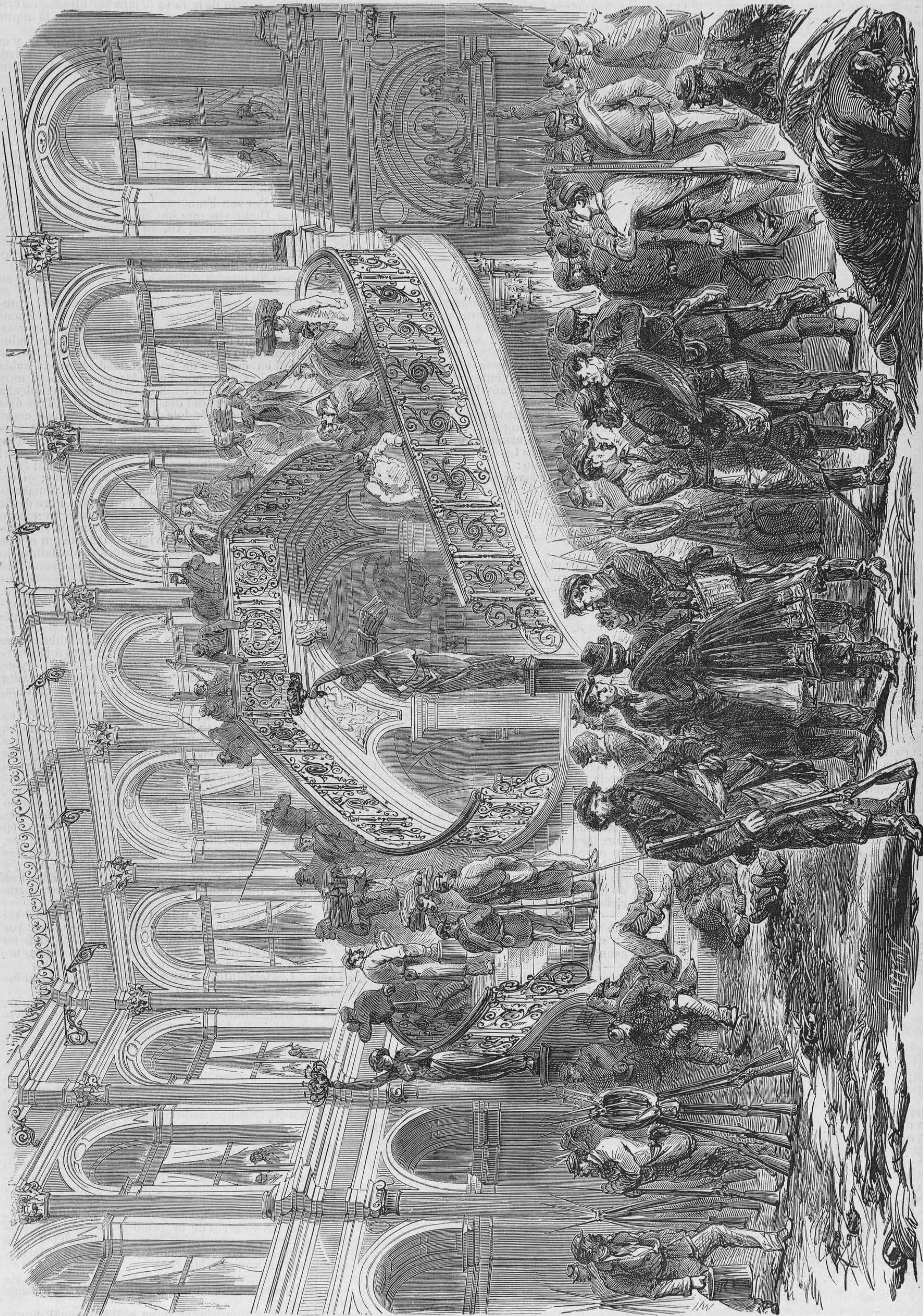
—Yo doy gracias á Dios que te ha traído á mi lado en esta hora solemne, dijo Rubens con voz débil; yo te amo como á mis hijos... cuando ha llegado el momento de la muerte de un padre, todos sus hijos deben circundarle.

Los fervientes sollozos de Van Dick y de su familia interrumpieron sus palabras.

—Muy dolorosa es esta separacion, prosiguió; pero debemos resignarnos al decreto de la Providencia. ¿No ha derramado sobre mi sus beneficios con mas abundancia que sobre ningun otro? Ella me ha infundido amor al trabajo y se ha dignado coronar felizmente mis esfuerzos; yole debo mis hijos y un don todavía mas precioso, la ternura de vuestra madre, el respeto y afecto que me profesais y la buena fe y noble conducta con que habeis recompensado los afanes que por vosotros me he tomado. Yo he sido un hombre de bien, y esto ha producido la dicha de toda mi vida. Reciba Dios mis bendiciones y llámeme á su presencia. Yo pareceré ante su tribunal con temor, pero sin terror, y lleno de esperanza en su infinita misericordia. Vé, pues, mi querido Francisco, vé á suplicar al digno cura de Nuestra Señora tenga á bien venir á recibir mi confesion y á suministrarme los socorros de la religion. Debemos aprovechar para cumplir con estos sagrados deberes los cortos instantes de fuerza y razon que la enfermedad me concede. Marcha.

Y reclinando suavemente su cabeza sobre la almohada colocó su mano entre las de su querida esposa.

No tardó mucho en oirse el ligero metal de una



LA COMMUNE EN EL HOTEL DE VILLA — El patio de Luis XIV.

campana y se vislumbró por entre las ventanas el resplandor de los cirios que llevaban según costumbre del país, los fieles que acompañaban al sacerdote, enriquecido con el santo copon y el oleo de la Estrema-uncion. Mas de cuatro mil personas habian querido asociarse á este acto piadoso, y la calle se hallaba llena de multitud de católicos que se arrodillaban en tierra mientras que los clérigos penetraban en la casa. Rubens quedó solo algunos instantes con su confesor. á quien refirió toda su vida, cuyos numerosos beneficios compensaban sobradamente los errores que son inevitables aun á las personas mas virtuosas y de mas puras costumbres. El sacerdote le dió la absolucion derramando dulces lágrimas, y volvieron á entrar en la estancia los clérigos, Van Dick y la familia del pintor.

Entonces comenzaron las ceremonias de la Exrema-uncion, ceremonias imponentes por su sencillez, para las cuales parece haber reservado el

ritual católico las mas tiernas y sublimes oraciones. Rubens respondió á todas las plegarias en voz baja; mas repentinamente incorporándose sobre su lecho, estrechó con el un brazo los de su esposa Elena, y extendiendo el otro hasta su hijo mayor se dejó caer exánime.

—Partid, alma cristiana, gritó el sacerdote; y dirigiéndose á una ventana dijo al pueblo que permanecia arrodillado:

—Orad, hermanos míos, el alma del justo está en la presencia de Dios.

Dolorosos y lastimeros gritos sucedieron á estas palabras, cuasi toda la poblacion de Amberes perdióse á un padre.

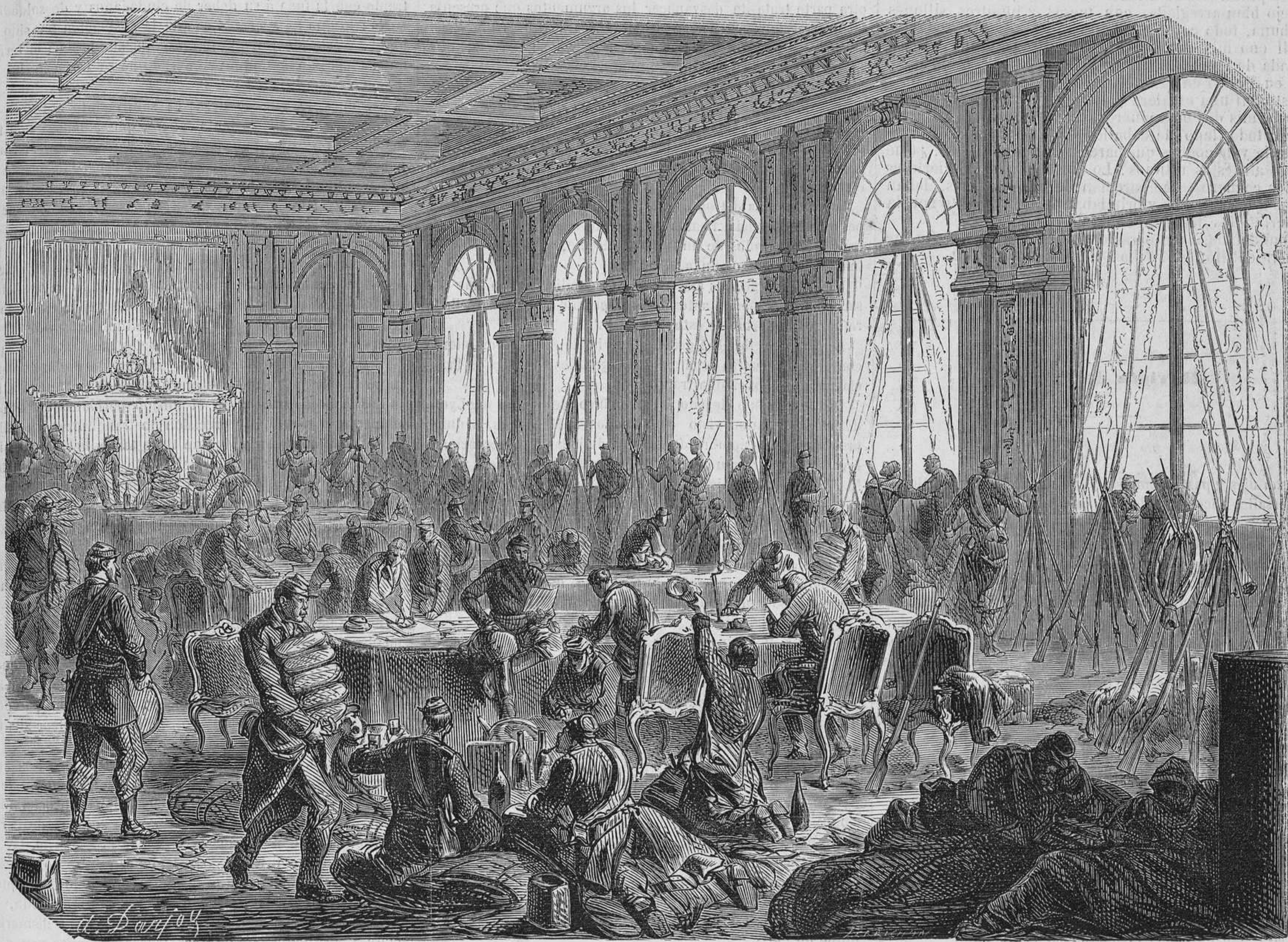
Bien presto el rumor de la fatal noticia se divulgó por toda la ciudad, en la que excitó el mayor desconsuelo, las iglesias se llenaban de personas que acudian á rogar por el reposo del alma de aquel á quien tanta gloria, esplendor y riquezas debía la ciudad de Amberes. Las autoridades de-

cidieron unánimemente se elevase un monumento á la memoria de Rubens en una de las capillas de la iglesia parroquial de San Juan, detrás del coro. El día de sus funerales, refiere Decamps, se colocó sobre su féretro un almohadon de terciopelo negro y encima una corona dorada. Los principales nobles, el cabildo, los artistas y todas las personas en general le tributaron los últimos deberes.

El mismo día en que se celebraban los funerales de Rubens, llorados por toda la ciudad, se conducia en Paris á la iglesia de San Dionisio un féretro de plomo que un sacristan ayudado de tres sepultureros descendia indolentemente á las bóvedas de la capilla real. Despues que lo hubo ejecutado sacó de su bolsillo un papel que le habian entregado y en donde estaba escrito el nombre del cadáver que se habia de trazar sobre este féretro.

Este nombre era María de Médicis.

—¿Quién era esta mujer? preguntó uno de los sepultureros.



LA COMMUNE EN EL HOTEL DE VILLA. — La sala del Trono.

Una visita al Hotel de Villa.

LA COMMUNE DE PARIS.

Despues de haber presentado el pase al centinela que está en la verja, se atraviesa la primera bóveda en compañía de un oficial de los que están de guardia, y este oficial contia al visitante al otro centinela que se encuentra al pié de la escalera de la Sala del Consejo.

Mi visita tenia por objeto dibujar los diferentes aspectos que presenta en la actualidad el interior del Hotel de Villa.

Acompañado de un guardia nacional con el arma al brazo y habiéndose reunido en el camino un compañero, subo dos pisos.

La galería que veo delante da al patio de honor, el famoso patio de la magnífica escalera, donde ha habido tan grandes fiestas y que han atravesado tantos soberanos.

¡Qué cambio! ¡Qué trasformacion! Debajo de la escalera en espiral con sus dos estatuas de bronce se ven tendidos en confusion sobre montones de paja una porcion de guardias nacionales: es una imágen de la igualdad, si no bella, al menos muy exacta.

Los fusiles en pabellones llenan el espacio, y en algunos trechos hay banderas rojas con franjas encarnadas. En los ángulos se ven cocinas improvisadas y vivanderas muy alerta; por todas partes mucho ruido y mucho movimiento. Los escalones atestados de guardias nacionales con paquetes de toda clase, de hombres que duermen, de fumadores, todo ello dominado por un bullicio indescriptible.

Despues de haber hecho el dibujo del patio, custodiado por mis dos guardias, me dirigí hácia un salon paralelo que cae á la plaza del Hotel de Villa.

Es la sala del Trono.

Tengo que dibujar con una mano y aplicarme la otra á las narices. ¡Qué olor tan extraño! Humo de pipa y vino; hé ahí lo que sobresale.

Pasada la primera emocion y acostumbrado un tanto

— Ignoro [quien tuese, respondió el sacristan; pero sin duda debía ser persona de alto rango, supuesto que se la sepulta en San Dionisio. Lo único que sé es que ha sido trasladado de Colonia... pero... escuchad, debajo del nombre hay escrita otra línea. Como está escrito con lápiz y con suma delicadeza no habia observado el resto de la inscripcion. Veamos:

María de Médicis, reina de Francia.

— ¡La madre del rey Luis XIII!

— Sí; no hay duda.

— Por san Waast, mi patron, yo la creia muerta hace mas de veinte años, dijo el sepulturero.

Y recogiendo sus cuerdas y su azada salió de la bóveda sin pensar ya en lo que acababa de decir.

El mas infeliz de Amberes sabe en la actualidad el nombre de Rubens, y enseña con respeto á los forasteros la capilla donde reposan los despojos mortales del gran pintor.

Z.

á esa atmósfera pestífera, veo grandes mesas cubiertas de tapetes verdes en el centro de la galería.

En torno de estas mesas hay guardias nacionales, unos pasando lista, otros distribuyendo raciones de pan y vino, algunos leyendo periódicos.

A lo largo de los artonados en donde brillan las pinturas de Cogniet y de Muller, aparecen hileras de jergones que dejan escapar una paja medio podrida.

Sobre esos jergones duermen ó fuman la mayor parte de los hombres de guardia, unos pensativos é indiferentes, otros alegres y animados. También allí se ve la eterna hilera de fusiles en pabellones con la bandera roja de franja de oro.

En el fondo hay una especie de oficina para las reclamaciones, adonde acude gente de toda especie. Un mozo con casaca azul y botonadura de metal, postrer vestigio quizás del gobierno regular, da á todo el mundo las indicaciones y noticias que le piden.

— ¿Por qué no abren las ventanas? pregunté á mi compañero de la derecha.

— ¡Ah! ciudadano, no puede ser.

— Pero ¿por qué razón?

— Porque así está mandado.

Dejé la sala del Trono respirando con delicias, para pasar á la de las deliberaciones de la Commune. Ningun interés pintoresco se ofreció á mi vista; es una sala de consejo bien arreglada, con mesas y pupitres, sillones y tribuna, todo completamente vacío.

Salí con mis dos centinelas y atravesé una galería atestada de fardos de capotes, de levitas y calzado: allí cada cual elige en el monton lo que mas le conviene.

Distinguí una escalera y despues de haberme despedido de mis dos compañeros, me encontré en un patio lateral, todo lleno de caballos de tiro, de furgones de artillería y de coches que parecian de particulares. ¿Qué hacian allí estos últimos? Lo ignoro; pero lo cierto es que los cocheros, que parecian de buenas casas, daban piensó á los caballos y brindaban fraternalmente con la artillería y los defensores de la Commune.

¡Qué delicioso me pareció el aire cuando por fin me ví fuera del Hotel de Villa!

A. D.

Revista de Paris.

Pasan dias y pasan semanas y la terrible batalla continúa. De Versalles dice el gobierno que no es batalla, que son simples escaramuzas de avanzadas, que todos los partes de la Commune de Paris son puras invenciones; pero los que nos hallamos dentro de esta ciudad sometida á tan duras pruebas desde hace tantos meses, oímos el cañon de noche y de dia, muy á menudo el del fusil y la ametralladora, y podemos decir que sea cual fuere la importancia de los combates cotidianos en cuanto al plan general de las operaciones estratégicas, lo cierto es que no se detiene la efusion de sangre y que la guerra civil lejos de calmarse se encarniza. En vista de este estado, los temores de la escasa poblacion que hoy queda en Paris, reducida sin exageracion á la mitad de sus habitantes en tiempo normal, crecen mas y mas, porque efectivamente hay fundamento para temerle todo. Los cónsules de Inglaterra, de España y de Italia publican avisos excitando á sus nacionales para que salgan inmediatamente de Paris, y anunciando á los que persistan en quedarse que lo hacen por su cuenta y riesgo.

¿Qué se teme pues? ¿Un bombardeo general? ¿Se teme otro sitio? ¿Se teme la entrada de los prusianos?

No lo sabemos. Lo que diremos si es que el espectáculo que tenemos á la vista autoriza á pensar que el desenlace de esta situacion no puede menos de ser terrible.

Las disposiciones que se adoptan en Paris nos dan á conocer que se quiere resistir hasta el último extremo.

Se incorpora por la fuerza en las compañías de guerra á los hombres de diez y nueve á cuarenta años, se organizan fuerzas de artillería y caballería, se empieza la construccion de barricadas en el interior de Paris con arreglo al plan que dimos á conocer á nuestros lectores en nuestra última revista; y entre tanto, el gobierno de Versalles envia tropas, toma posiciones, arma baterías, acumula los medios de accion en grande escala.

Nada de lo que decimos es un misterio: lo de Paris lo vemos por nuestros ojos y lo de Versalles lo leemos en las circulares que el jefe del poder ejecutivo envia á las provincias.

Con efecto, en la del 16 de abril M. Thiers declara terminantemente cuál es su sistema, cuando dice que persiste por ahora en la contemporizacion por estos dos motivos: primero porque quiere reunir fuerzas tan imponentes que la resistencia sea imposible y por lo tanto poco sangrienta; y despues por dejar tiempo para que vuelvan á la razon los hombres extraviados.

Seguidamente añade estas importantísimas declaraciones:

« Dicen en Paris que el gobierno quiere destruir la República, lo cual es absolutamente falso, pues su única ocupacion consiste en poner fin á la guerra civil, en restablecer

el orden, el crédito, el trabajo, y en operar la evacuacion del territorio pagando las obligaciones contraidas con la Prusia. Dicen á esos mismos hombres extraviados que se quiere fusilarlos á todos, lo que tambien es falso, pues el gobierno perdona á todos los que dejan las armas, como lo hace con los 2,000 prisioneros que mantiene en Belle-Isle sin exigir de ellos ningun servicio. Por último, les dicen igualmente que, privados del subsidio que es su único recurso para vivir, tendrán que morir de hambre. Otra falsedad, puesto que el gobierno tiene prometido pagar ese subsidio durante algunas semanas, mientras vuelven al trabajo, que comenzará otra vez en cuanto se haya restablecido el orden y se obtenga la sumision á la ley. Ilustrar á los hombres extraviados, mientras se preparan medios infalibles de reprimir su extravío, si es que persisten en él, tal es el sentido de la actitud del gobierno, y si se oyen algunos cañonazos no tiene él la culpa, la tienen los insurrectos que quieren hacer creer que combaten, cuando apenas se atreven á dar la cara. »

Y la circular concluye manifestando que esta situacion, reflejo fiel de la verdad, se prolongará durante algunos dias.

Esta cita textual nos pone en evidencia que si Versalles prepara medios de represion que considera infalibles, por otra parte trata de desvanecer los argumentos que presenta la insurreccion para cerrar el oído á los hombres de buena voluntad y de mucho valor, pues todo eso se necesita, que se ocupan en negociaciones pacíficas.

Ya hemos hablado aquí de la mision que se impuso la sociedad de la *Liga de Union republicana de los derechos de Paris*, cerca del gobierno de Versalles, mision puramente oficiosa y cuyo resultado fué traer á Paris esas mismas seguridades que ofrece en la citada circular el jefe del poder ejecutivo.

Los delegados dieron cuenta en Paris de su cometido, y por una nota oficial hemos sabido que la *Commune* rechazó los tratos iniciados de un modo indirecto, pero que no deja margen á la menor duda.

Y sin embargo, los amigos de la conciliacion no han cesado en su empeño, antes bien creieramos que han recibido refuerzos importantes estos últimos dias.

El periódico de M. Rochefort nos habla de un movimiento considerable que se produce en las grandes ciudades de Francia para promover una transaccion.

Dícese que han llegado á Paris cinco delegados de Lyon, despues de haber visto en Versalles á M. Thiers, á quien presentaron en nombre de sus conciudadanos observaciones favorables al pronunciamiento comunal de Paris, y que M. Thiers pareció dispuesto á entrar en negociaciones.

Con los delegados de Lyon se han juntado los del consejo municipal de Lilla, que representaban tambien á otros ayuntamientos disueltos, los de Douai, Tourcoing, Roubaix, Avesnes, etc., y todos abundan en el mismo sentido; de lo cual saca en conclusion el referido periódico, que todo autoriza á creer que se han entablado ya negociaciones oficiosas.

Pero hay mas aun.

M. Félix Pyat, uno de los miembros de la Commune, de una influencia considerable sobre la opinion revolucionaria, ha publicado ayer 18 con su firma en el diario que dirige, el *Vengeur*, un artículo muy notable en favor de la conciliacion.

Paris, dice Félix Pyat, quiere solamente la República para la Francia, la Commune para Paris y la autonomia para la guardia nacional: tal es su programa.

Bajo este concepto, Paris aceptaría las siguientes condiciones:

- 1ª Mantenimiento de la República francesa.
- 2ª Derecho comunal para Paris y para todas las ciudades de Francia.
- 3ª Autonomia de la guardia nacional.
- 4ª Disolucion de la Asamblea de Versalles y de la Commune de Paris.
- 5ª Poder interino en Versalles y en Paris.
- 6ª Armisticio y amnistía.

Esta actitud de M. Félix Pyat es altamente significativa, por lo que supone su personalidad no solo en el partido, sino en los consejos de la Commune.

Así es que entre los irreconciliables ha promovido un verdadero pronunciamiento periodístico.

Nada de conciliacion, exclaman con furia: conocemos perfectamente las costumbres del partido con que nos proponen tratar para que nos entreguemos á él atados de piés y manos sin otras garantías que su firma ó su palabra.

La reeleccion y el armisticio nada les importan.

Dicen hallarse persuadidos de que una vez que el gobierno vuelva á Paris, emprenderá su obra destructora, formando tribunales militares para todos sus adversarios desarmados, y empezarán los fusilamientos y las deportaciones.

Paris no debe aceptar en ningun caso que haya dentro de sus muros otra fuerza armada que la de la guardia nacional. Este punto es el caballo de batalla.

En cuanto á las franquicias municipales es cuestion secundaria, no menos que la del sostenimiento de la República.

Que la Francia y el gobierno de Versalles se arreglen en esto como les parezca: Paris quiere ser libre y dictarse sus propias leyes, y si hay en Francia otras ciudades dotadas de bastante fuerza y valor para conquistarse tambien esta liber-

lad exclusiva, que sigan su ejemplo, y cuando se haya emancipado Paris les tenderá los brazos.

Resúmen: no debe haber conciliacion posible en ningun terreno.

Así se expresa la fraccion exaltada; pero ¿tiene en su favor, no diremos á la mayoría de los habitantes, sino á los mismos que se han constituido en gobierno en el Hotel de Villa?

Desde luego responderemos que no, pues acabamos de ver cómo se expresa uno de sus corifeos.

Despues la poblacion de Paris debe contar por algo. La Commune ha ofrecido á los parisienses una ocasion de pronunciarse y, en efecto, se han pronunciado, pero de una manera negativa.

Tratábase de las segundas elecciones para reemplazar á los miembros dimisionarios de la Commune, que no eran pocos; y no obstante las excitaciones de los periódicos amigos del Hotel de Villa, el número de votantes ha sido tan ínfimo, que casi estas elecciones pueden considerarse como nulas. Apenas han votado 45,000 electores. Sin embargo, la Commune ha declarado válida la eleccion, en consideracion á que ciertos distritos de Paris se hallan casi vacíos de habitantes, porque la mayor parte de los electores se han sustraído con la fuga á su deber de ciudadanos y de soldados.

No: lo que ha sucedido es que la abstencion ha sido general; y este movimiento tan pronunciado prueba el terreno que ha perdido la Commune desde que se hicieron las primeras elecciones.

Así pues, lo que se desea es salir cuanto antes de esta guerra civil que cuesta tanta sangre, que amenaza con tantas ruinas; y ya que el gobierno de Versalles no cierra los oídos á las negociaciones, ya que en el partido mismo que hoy domina, hay hombres como Félix Pyat que aconsejan la conciliacion; la Commune debería pensar los medios de dar satisfaccion al deseo público.

Sin embargo, con dolor decimos que hasta la hora presente no vemos ningun síntoma que nos permita esperar esa solucion tan deseada; y lo que vemos, ya lo hemos dicho, son preparativos de lucha que manifiestan la evidente intencion de llevar las cosas hasta el último extremo.

Por el pronto, mientras en combates incesantes no se detiene la efusion de sangre á las puertas de Paris, comenzamos á sentir ya los indicios precursores de un nuevo sitio.

Los viveres escasean, y el mismo periódico de la Commune se ha visto en la precision de tranquilizar los ánimos de los habitantes diciendo que tiene tratos hechos para recibir provisiones por las vias del Norte y del Oeste, es decir, por los puntos que ocupan los prusianos.

No se puede decir mas claramente que estamos verdaderamente sitiados por hambre en lo restante del circuito de Paris ocupado por las tropas del gobierno.

De todos modos, aun tomando al pié de la letra aquella declaracion, sabemos que tendremos viveres si quieren dejarlos entrar los prusianos.

Pero ¿hasta qué punto los hombres del Hotel de Villa pueden contar con los favores de los alemanes?

Si las noticias que circulan lo mismo en Paris que en Versalles son exactas, la actitud del ejército de ocupacion no es la mas benévola respecto á la insurreccion parisiense: antes bien, se cree que está dispuesto á emplear sus fuerzas en sentido contrario.

Con efecto, las noticias á que nos referimos nos anuncian que ha llegado á Versalles un mensajero de M. de Bismark con un ultimatum en el cual fijaba en ocho dias la intervencion del ejército alemán en los sucesos de Paris, si en ese plazo no dominaba la situacion el gobierno.

La razon que invocan los alemanes es que no se les pagan los 500 millones en el término convenido; sin que las prórogas que se han acordado hayan servido de nada.

Ahora bien, en este estado de cosas M. de Bismark declara á M. Jules Favre que las tropas alemanas van á concentrar sus fuerzas y á tomar sus disposiciones militares en torno de Paris, advirtiendo que el único tiempo que puede conceder es nada mas que el que se necesita para llevar á efecto esos movimientos de tropas; y que una vez tomadas las disposiciones oportunas, si el gobierno de Versalles no ha logrado sofocar la insurreccion, las tropas alemanas entrarán en la capital y se encargarán del restablecimiento del orden.

Esta es otra complicacion que agrava extraordinariamente nuestro fatal estado de cosas.

M. de Bismark nos amenaza con una intervencion en un tiempo indeterminado aun, pero que no será largo; ¿quién puede prever lo que será de Paris colocado así entre los ataques de las tropas de Versalles y las que le preparen las fuerzas alemanas?

Esperemos que en estos instantes supremos se elevará en los consejos de los hombres constituidos en gobierno en el Hotel de Villa, una voz que les diga hasta qué punto es temerario llevar la lucha á sus últimos límites en condiciones como las actuales, cuando el gobierno de Versalles ha retnido en derredor de Paris ejércitos imponentes, y cuando además amenaza á la capital con una intervencion inmediata el implacable y codicioso enemigo, que deplora la guerra civil, porque no puede cobrar sus millones.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

Á UNA ESTRELLA.

Tú brillas en el cielo, estrella hermosa,
De oro de ofir vestida
En la noche del mundo misteriosa
Que es sepulcro de la humana vida.

Muy pequeña pareces desde el cielo,
Cuando giras en torno de la luna,
Y grande debes ser para que un cielo
Por tumba tengas, y también por cuna.

Dormida mientras el mundo está despierto
De la aurora no ves el arrebol:
Cuando despiertas tú, cadáver yerto
Es en los campos de Occidente el sol,

Y ves al hombre que si no suspira
En este suelo estéril é infecundo,
Es porque duerme entonces, ó delira
Girando en torno de su mente un mundo

El siglo de la flor es la mañana,
Pulles al nacer llorando el alba bella
Se abren sus hojas de carmin y grana,
Y es la noche tu edad, luciente estrella

¿Pero quién desde este suelo
En engaños tan fecundo
No te admira en su desvelo
Si tu dosel es un cielo,
Y á tus piés tienes un mundo?

Pues en el zafir sentada,
Eres del orbe admirada,
Y en los mares reverberas,
Y ves naciones enteras
Sepultándose en la nada.

Y los siglos misteriosos
Que arrastrando poderoso
Generaciones... también
Son gigantes y colosos
Que pasan y no se ven.

Desde el zafir celestial
Oyes gime el vendaval
Que al ave roba su pluma,
Y besa la blanda espuma,
Del mar, monstruo de cristal.

Bajo sus olas serenas
Ves peces con rica escama,
Y encantadoras sirenas,
Y le oyes también si brama
Azotando las arenas.

Vestida de cien colores
Miras la tierra y las flores:
Todo es sublime y risueño
Y el hombre siendo su dueño
Solo halla en ella dolores.

Pues tiene un alma que siente,
Y bulliciosa é inquieta
Su imaginación ardiente
Es impetuoso torrente
Que ningún poder sujeta.

Ora altivo el pensamiento
Ó mas bien calenturiento

Quiere abarcar cuanto encierra
En sus entrañas la tierra,
Y en su altura el firmamento.

Ora inquieto y agitado
Luchando con una idea
La mente oprime y marea,
Y ora sublime, inspirado
Fantástico un mundo crea.

De gloria, amor y bonanza
Que al corazón enaltece,
Y aunque ese mundo no alcanza
Le embriaga y adormece
El vapor de la esperanza.

Ora amoroso, inocente
Se agita en su desvarío;
Ora profundo y sombrío
Columpiándose en la mente
Ve de la nada el vacío.

Ora por fin desde el suelo
Á contemplar tu fulgor
Eleva su raudo vuelo,
Porque eres en ese cielo
Clara estrella del amor.

Tal vez aquella que adoro
Imágen divina y bella
En la noche solitaria
Á tí sus ojos eleva
Pero no mira en mi frente
Del hondo pesar la huella.
Ni de mi turbia pupila
Caer lágrimas que queman
Y aun cuando las mire, ignora
Que las derramo por ella.
Ó tal vez cuando mi alma
Se desprenda de la tierra,
Y en sueños la fantasía
Su imágen me representa;
Cuando mis ojos devoran
Sus formas puras, aéreas,
Y encantado el corazón
Tan solo placeres sueña,
Sin mirar el esqueleto
De la realidad funesta...
Entonces duerme tranquila
Sin turbar su sueño apenas
Un recuerdo por el hombre
Que perdió su calma al verla.

Mas ¡ay! que tal vez ardiendo
En la volcánica hoguera
Del amor, su pecho late
Por otro mortal despierta.

Y mientras el mundo duerme
Tú que alumbras á la tierra
Desde el cóncavo azulado
En donde tu trono ostentas,
Espía de los amantes
Sorprenderás dos que velan:
Ella en mi rival pensando
Y yo, en mi rival, y en ella.

E A.

NO QUIERO AMOR.

Mas quisiera en mármol frío,
Despreciando el mundo vano,
Reposar,
Y en poder del ángel mio
Sobre su celeste mano
Descansar.

Que en el alcázar dorado,
En la deliciosa corte,
Y su esplendor,
Sentía mi pecho tocado
Del peligroso transporte
Del amor.

Triste del cándido seno
Que de amor á las delicias
Y al placer
Se entrega, y no ve sereno
Que son falsas las caricias
De mujer.

Arderá en llama amorosa,
Sin sentir el fiero estrago
Que causó:
Será siervo de la hermosa,
Que con su mentido halago
Le apresó.

Y en pago de su ternura,
Y de ensalzar á la bella
Engañadora
No como humana figura
Sino cual deidad ó estrella
Brilladora.

Pena aguda insoportable
Mil veces mas inhumana
Que el morir,
Hará su herida incurable;
Le hará su negra fortuna
Maldecir.

Amador mísero y triste
Que contemplas cual deidad
A la que adoras;
Y en tu corazón pusiste
Templo y ara de impiedad
En que la imploras.

Al admirar su hermosura,
Fugaz cual nítido rayo
Que pasó,
Compara su bella hechura
Con la de la flor que en mayo
Deshojó.

J. GRIJALVA.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 952.)

— Vuestro digno padre, respondió Juan, vuestro distinguido y venerable padre.

— ¿Qué quiere decir? preguntó Eduardo mirando á José con una expresión en que el temor se mezclaba con la duda.

— ¿Qué quereis decir? repitió José. ¿No veis que el señor Eduardo no os entiende, padre?

— ¡Cómo! ¿No lo sabiais? dijo Juan abriendo unos ojos de á palmo. Es extraño... es singular. Ha llegado aquí por la tarde, y M. Haredale ha tenido con él una larga entrevista... Apenas hace una hora que se ha ido.

— ¡Mi padre!

— Sí, señor, él mismo me lo ha dicho. Es un caballero muy guapo, airoso, con un traje verde bordado de oro. Está arriba, en vuestro aposento. Podeis verle y saludarle, dijo Juan retrocediendo algunos pasos y dirigiendo su mirada hácia la ventana. Aun no ha apagado la luz.

Eduardo dirigió también su mirada hácia la ventana, y murmurando con voz trémula que habia cambiado de parecer, que se habia olvidado alguna cosa, y que le

era preciso volver á Londres, montó á caballo y se alejó dejando á los Willet, padre é hijo, mirándose con mudo asombro.

XV.

El día siguiente al medio día M. Chester se hallaba sentado en su propia casa, y prolongaba su almuerzo, rodeado de una variedad de gozes que dejaban muy atrás y á una distancia infinita las mas enérgicas tentativas del Maypole para el bienestar de los viajeros y cuya comparacion no era muy favorable para la vetusta venta.

M. Chester dormitaba á su placer delante de una mesa junto á una gran ventana, en un asiento tan ancho como muchos sofás modernos, que convertian en una especie de lecho los almohadones que lo adornaban. Habia cambiado su gaban por una hermosa bata, y sus

botas por unas abrigadas chinelas, y le habia costado trabajo reparar la desgracia de haberse visto obligado á vestirse en el Maypole sin el auxilio de su tocador; pero habiendo olvidado por grados, á favor de sus recursos, los disgustos de una mala noche y de una cabalgata matinal, se hallaba en un perfecto estado de buen humor, de indolencia y de satisfaccion.

Debemos confesar sin embargo, que la situacion en que se encontraba era muy favorable al desenvolvimiento de estos sentimientos, porque, sin hablar de la indolente influencia de un almuerzo tardío y solitario, con el sedativo aditamento de un periódico, habia en torno de su domicilio un aire de reposo particular á aquel barrio que reina aun en él, hasta en nuestra época, aunque sea en el día mas bullicioso y agitado que en otro tiempo.

Londres ofrece indudablemente barrios menos propicios que el Temple para calentarse al sol ó descansar ociosamente á la sombra en un día de calor sofocante. Se advierte aun en sus patios cierta calma adormecido-

ray y una monotonía meditabunda en sus árboles y sus jardines, y los que cruzan por sus callejones y sus plazas pueden oír aun el eco de sus pasos en las piedras sonoras, y leer en sus puertas al salir del tumulto del Strand y del Fleet-Street: «El que entre aquí, que deje detrás todo ruido.» Se oye aun el rumor del agua que cae en la hermosa plaza de las Fuentes, y hay aun rincones y escondites donde los estudiantes perseguidos por los acreedores pueden observar desde lo alto de sus vetustas guardillas, un rayo de sol que dibuja la sombra de los edificios y que solo por casualidad refleja la forma de algun transeunte extraviado. Hay aun en el Temple un vestigio de la atmósfera monacal que no han turbado las oficinas públicas de la justicia ni han hecho desaparecer las agencias oficiales de jurisprudencia. En el verano, sus bombas proporcionan chorros mas frescos, mas centellantes y mas profundos que los demás pozos á los sedientos ociosos, y siguiendo la huella del agua que los cántaros llenos esparcen en el suelo abrasado, aspiran el frescor, lanzan suspirando tristes mira-



LA COMMUNE EN EL HOTEL DE VILLA. — Patio lateral convertido en cuadra y caballeriza.

das hacía el Támesis, y piensan en los baños, en los botes y en las excursiones acuáticas con sombría desesperacion.

M. Chester dormitaba á sus anchas en una habitacion de Paper Buildings, hilera de hermosas casas á las que dan sombra los jardines del Temple, ora tomando el periódico que habia dejado cien veces, ora divirtiéndose con los relieves de su almuerzo, ora sacando el limpia-dientes y mirando por la ventana las hermosas alamedas de los jardines, donde un reducido número de personas desocupadas se paseaban ya de un extremo á otro aunque era muy temprano. Aquí una pareja amorosa acudia á una cita para reñir y reconciliarse despues; allá una niñera de ojos negros hacia mas caso de los estudiantes de leyes que de su niño; en un lado, una solterona, llevando un perrito de lanas con un cordón, lanzaba sobre esta doble enormidad oblicuas miradas de desden, y en el otro lado un anciano flaco y arrugado echaba el lente á la niñera y dirigia á la solterona miradas tan desdeñosas como las suyas, y se asombraba de que la infeliz no supiera que ya no era jóven. Lejos de estos grupos, á orillas del rio, dos ó tres parejas andaban de un extremo á otro, absortos en una conver-

sacion muy formal, y un jóven estaba solo y sentado en un banco con ademán pensativo.

— Eduardo es un modelo de paciencia, dijo M. Chester dirigiendo una mirada al jóven solitario, mientras dejaba la taza de té en la mesa. Estaba sentado allí cuando he principiado á vestirme y no ha cambiado desde entonces la postura. ¡Diablo de muchacho!

Mientras hablaba, el jóven se levantó y se dirigió con paso rápido hácia su casa.

— Cualquiera diria que me ha oido, dijo el padre volviendo á tomar el periódico bostezando.

Algunos momentos despues se abrió la puerta del aposento y entró Eduardo.

Su padre le saludó con la mano y se sonrió.

— ¿Podeis escucharme un momento, señor? dijo Eduardo.

— ¿Y por qué no? Siempre estoy dispuesto á escuchar á todo el mundo. ¿Has almorzado?

— Hace tres horas.

— ¡Qué madrugador! exclamó su padre contemplándole con su indolente sonrisa.

— Es verdad, dijo Eduardo acercando una silla y sentándose cerca de la mesa; he dormido poco esta noche

y no me ha costado trabajo levantarme temprano. Sin duda no ignorais cuál es la causa de mi malestar, y sobre este punto deseo hablaros.

— Ten confianza en mí, hijo mio; pero sé breve, porque no me gustan los rodeos ni las exageraciones.

— Seré claro y breve, dijo Eduardo.

— Explicate pues.

— Únicamente tengo que deciros, respondió Eduardo con profunda afliccion mientras su padre se cruzaba de brazos como quien se resigna á escuchar, que sé donde estábais ayer, porque estuve yo allí tambien. Sé á quién visteis y el objeto que os llevaba.

— ¿Será posible? exclamó M. Chester. Me alegro infinito de saberlo, porque esto nos ahorrará el fastidio y los disgustos de una explicacion. ¿Estuviste en el meson y no subsiste? Hubiera tenido un placer en verte.

— Sabia que lo que tenia que deciros podria decirse mejor despues de una noche de reflexion, cuando pudiéramos hablar con mas calma, repuso su hijo.

— Te juro, Eduardo, que estaba muy tranquilo ayer noche. ¡Qué meson tan detestable es el Maypole! Forzoso es que quien lo construyó abrigara la infernal idea de helar á los que se albergasen en él. ¿Te acuerdas del

viento glacial que sopla con tanta violencia hace cinco semanas? Pues te aseguro que habia elegido ayer noche por domicilio ese maldito meson, aunque el cielo estaba tranquilo. Pero decias que...

— Decia con la mas íntima conviccion que me habeis hecho desgraciado, señor. ¿Quereis escucharme un momento con formalidad?

— Te escucharé, querido Eduardo, con la paciencia de un anacoreta. Hazme el favor antes de acercarme la leche.

— Ayer noche, dijo Eduardo despues de servir á su padre, ví á la señora Haredale, y su tío, inmediatamente despues de vuestra entrevista, y, como es forzoso reconocer, á consecuencia de vuestro acuerdo, me prohibió volver á entrar en su casa y me despidió lanzándome injurias que seguramente son resultado de lo que dijisteis á M. Haredale.

— Te aseguro, Eduardo, que si ese hombre te injurió, no soy en manera alguna responsable de semejante ultraje. Es preciso excusarle, porque es un verdadero pa-

tan, un grosero, un hombre inculto é indigno de tratar con personas decentes... ¡Qué veo! Una mosca en la taza... Es la primera que he visto este año.

Eduardo se levantó y dió algunos pasos por el aposento.

Su imperturbable padre siguió bebiendo el té á pequeños sorbos.

— Padre, dijo el jóven parándose al fin delante de él, hablamos de un asunto muy formal. Dejame sostener francamente el papel varonil que deseo tomar, y no me rechazeis con esa indiferencia que me llena de dolor.

— Si soy ó no indiferente, lo dejo á tu juicio, querido Eduardo. ¿Son pruebas de indiferencia un viaje á caballo de veinte y cinco á treinta millas al través de pésimos caminos, una comida en el Maypole, una entrevista con Haredale que, dejando aparte la vanidad, me recordaba la escena entre Orson y Valentina, una cama de meson, un mesonero como el estúpido Juan Willet y dos criados repugnantes, idiota el uno y centauro el otro? ¿No son mas bien pruebas de excesiva

solicitud, de amor paternal? Tú mismo puedes juzgarlo.

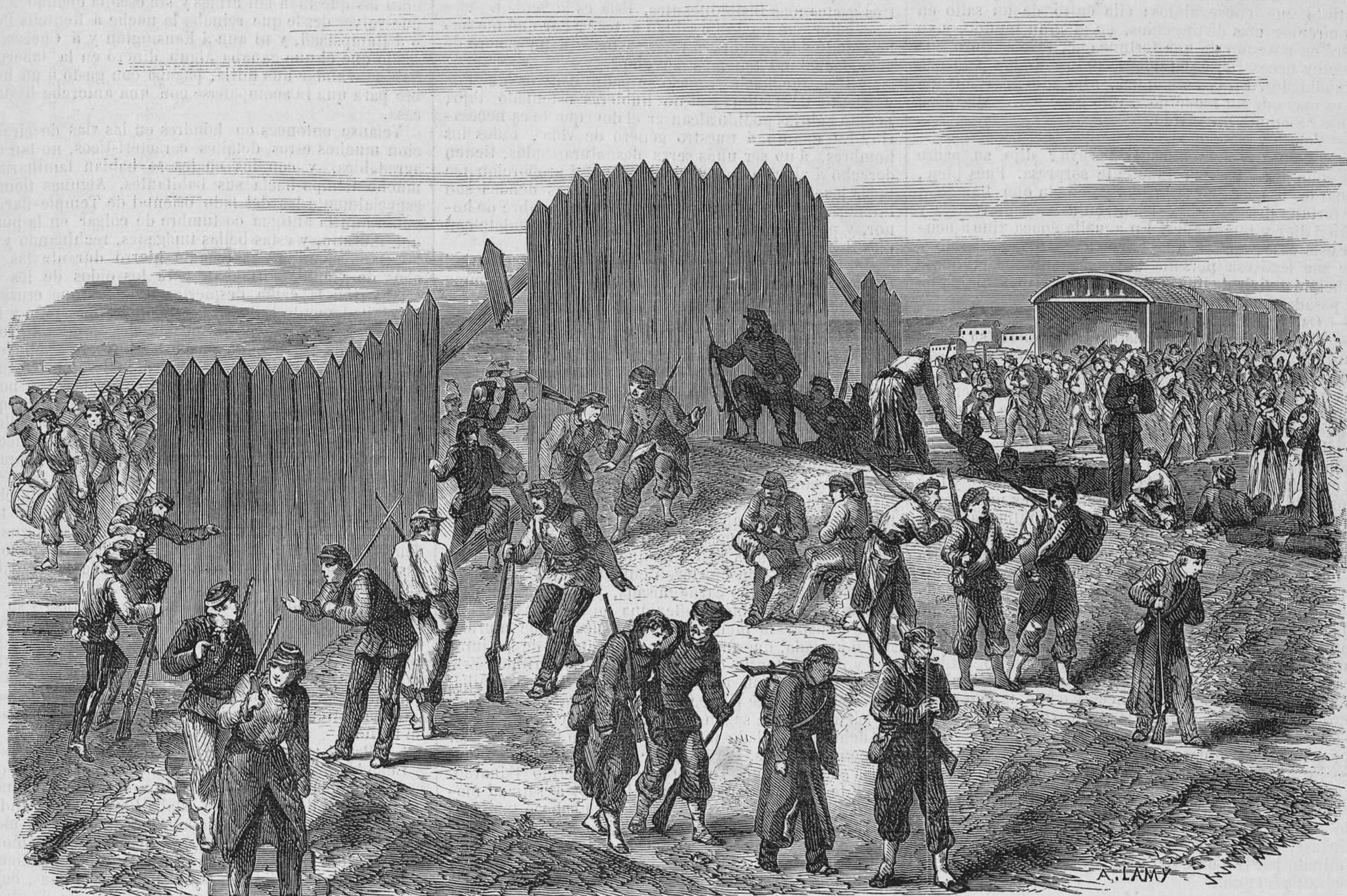
— Deseo que considereis, señor, dijo Eduardo, en qué cruel situacion me encuentro. Amando á Emma Haredale como la amo...

— Eduardo, dijo su padre interrumpiéndole con una sonrisa llena de compasion, no sabes lo que te dices. Te creia de mas talento, y me admiran tus sandeces.

— Repito, dijo su hijo con firmeza, que la amo. Habeis intervenido para separarnos, y lo habeis conseguido. ¿Puedo esperar aun que mirareis nuestras relaciones favorablemente, ó estais decidido irrevocablemente á separarnos para siempre?

— Querido Eduardo, respondió su padre tomando un polvo y presentándole la caja, estoy decidido irrevocablemente.

— El tiempo que ha trascurrido, dijo Eduardo, desde que principié á conocer lo que vale Emma ha huido como un sueño, y apenas he podido hasta ahora pararme á reflexionar sobre mi posicion. Ya sabeis que desde



¡LA GUERRA CIVIL. — Guardias nacionales volviendo á Paris por las zanjias del ferro-carril del Oeste, despues de su expedicion hácia el Monte Valeriano. (Véase el artículo en la página 269.)

la niñez me he acostumbrado al lujo y á la ociosidad, que he sido educado como si mi fortuna fuera considerable y mis esperanzas casi sin límites, que me han familiarizado desde mi cuna con la idea de la riqueza, que me han enseñado á considerar como indignos de mis cuidados y mis esfuerzos esos medios con los cuales llegan los hombres á la riqueza y á las distinciones, que he recibido una educacion de lujo y que para nada sirvo. Me encuentro en fin dependiendo enteramente de vos y sin otro recurso que vuestra benevolencia. Sobre esta cuestion, de la mayor importancia para mi porvenir no estamos de acuerdo, y dudo mucho que podamos estarlo nunca. He sentido una repugnancia instintiva, tanto por las mujeres á quienes vos me habeis impulsado á hacer la corte, como por los motivos de interés y de lucro que os hacian desear que llegasen á serme amadas. Si hasta hoy no ha habido entre nosotros una franca explicacion, no ha sido, señor, por culpa mia. Si os parece que hablo ahora con excesivo atrevimiento, creed, padre mio, que lo hago con la esperan-

za de que en adelante habré entre nosotros mas franqueza, una confianza mas digna y una expansion mas cariñosa.

— Me has enternecido, querido Eduardo, dijo su padre sonriendo. Te suplico que continúes, pero no olvides tu promesa. En todo lo que dices hay una gran gravedad, un inmenso candor y una evidente sinceridad; pero recelo que te entregues á tus tendencias de hacer largos discursos y á divagar.

— Lo siento, señor.

— Yo tambien lo siento, Eduardo, pero ya sabes que me es imposible fijar mi atencion en un largo período. Si quieres llegar en seguida al punto capital, imaginaré todo lo que debe preceder y lo daré por dicho. Ten la bondad de acercarme otra vez la leche.

— Hé aquí en resumen lo que hubiera querido decir, repuso Eduardo. No puedo tolerar el depender absolutamente de nadie, ni aun de vos, señor. He perdido mucho tiempo y he dejado pasar muchas ocasiones propicias, pero soy jóven aun, y puedo recuperar el tiempo

perdido. ¿Me proporcionareis los medios de dedicar toda mi energía y mis buenos deseos á algun objeto digno de mis esfuerzos? ¿Me permitireis que intente abrirme un camino honroso en la vida? Durante el espacio de tiempo que os plazca fijarme, cinco años por ejemplo, me comprometo á no dar sin vuestro consentimiento un solo paso en el terreno en que estamos en desacuerdo. Durante este período me esforzaré en abrirme con toda la resignacion que me sea posible alguna perspectiva de porvenir y en libertaros de la carga que podiais temer ver recaer sobre vos si me casara con una mujer cuyas principales ventajas son el mérito y la hermosura. ¿Consentís en esto, señor? Cuando espire el plazo convenido, volveremos á discutir esta cuestion, y hasta entonces callaré, á no ser que vos mismo tomeis la iniciativa.

— Querido Eduardo, dijo su padre dejando el periódico que habia ojeado con indolencia y arrellanándose en el sillón, creo que no ignoras cuán enemigo soy de lo que llaman negocios de familia, los cuales solo se dis-

cuten, según la costumbre plebeya, el día de Navidad; pero que son impropios de las personas de nuestra categoría. Debo advertirte que como tu plan de conducta versa sobre un error, venceré mi repugnancia á tratar de semejantes materias, y te contestaré de una manera completamente clara y franca, si tienes antes la bondad de cerrar la puerta.

Eduardo obedeció, y M. Chester continuó después de sacar del bolsillo un elegante cortaplumas con el cual se limpió las uñas.

— Tienes que agradecerme, Eduardo, el ser de buena familia, porque tu madre, que era mujer encantadora, y que me dejó el corazón casi desgarrado, (te ahorraré las demás frases de costumbre), cuando se vió prematuramente obligada á separarse de mí para gozar la vida eterna, no tenía por qué alabarse en cuanto á nobleza de cuna.

— Su padre era al menos, señor, un legista eminente, dijo Eduardo.

— Es cierto, hijo mío, ciertísimo. Tenía una elevada posición en el foro, un gran nombre y una gran fortuna, pero no era noble. Siempre he cerrado los ojos y me he resistido obstinadamente á esta consideración, pero me temo que el padre de vuestro abuelo materno vendió carne de vaca y salchichones. Deseaba colocar á su hija en una familia distinguida, y se realizó el deseo de su corazón. Yo era segundón é hijo de un segundón, y me casé con vuestra madre. Ambos teníamos un fin distinto que conseguimos; ella entró de un salto en los círculos más distinguidos, en el gran mundo, y yo entré en posesión de una fortuna que, te lo aseguro, me era muy necesaria, enteramente indispensable para mis comodidades. En la actualidad, hijo mío, esa fortuna no es mas que un recuerdo... voló hace ya... ¿Qué edad tienes? Siempre me olvido.

— Veinte y siete años.

— ¿Veinte y siete años tienes ya? dijo su padre abriendo los ojos con indolente sorpresa. Pues bien, Eduardo, la cola de ese brillante cometa que llamaban mi fortuna desapareció del horizonte hace unos diez y ocho á diez y nueve años. En aquella época vine á ocupar esta casa, que ocupó en otro tiempo tu abuelo y que me legó esa persona tan respetable, y entonces principié á vivir de una pensión bastante mezquina y de mi pasada reputación.

— Os estáis chancheando conmigo, señor.

— Te hablo con toda formalidad, respondió su padre con la mayor calma. Estas cuestiones domésticas son excesivamente áridas, y no admiten, te lo digo con el más profundo pesar, el tono de broma; esto sería al menos un consuelo. Por esta razón, y porque odio todo lo que huele á negocio, no puedo sufrirlas. Pues bien, ya sabes lo demás. Un hijo, Eduardo, á excepción de cuando la edad le convierte en compañero y amigo, esto es, cuando no tiene mas que veinte y dos ó veinte y tres años, no es un objeto muy agradable; es un estorbo para su padre, y ambos se perjudican mutuamente en su bienestar. Por esta razón también, hasta estos últimos cuatro ó cinco años... tengo una pobre memoria en materia de fechas, pero tú la rectificarás en tu mente... has continuado tus estudios á intervalos y has adquirido una gran variedad de conocimientos. Hemos pasado aquí, según las circunstancias, una semana ó dos juntos, y no nos hemos incomodado mas que como pueden hacerlo tan próximos parientes. Por último, viniste á casa, y te diré con franqueza, hijo mío, que si hubieras sido uno de esos jóvenes necios como muchos que conozco, te habría enviado á la otra parte del mundo.

— Siento con todo mi corazón que no lo hayais hecho, señor, dijo Eduardo.

— No lo sientas, hijo mío, repuso friamente su padre. Te aseguro que estás en un error. He encontrado en tí un buen muchacho, simpático y elegante, y te he lanzado en un mundo donde todavía ejerzo influencia. Al obrar así, creo te he prestado un buen servicio y que he mirado por tu porvenir, y confío en que harás alguna cosa por el mío.

— No comprendo vuestra idea.

— Mi idea es fácil de comprender, Eduardo... ¡Otra mosca en la leche! Ten la bondad de no sacarla como lo has hecho antes, porque estos animales cuando andan con sus patas llenas de leche, ofrecen un espectáculo nada gracioso ni agradable... Mi idea se reduce á que debes hacer lo que yo he hecho, que debes hacer un casamiento ventajoso y sacar buen partido de tu clase y tu buena figura.

— ¡Es decir que queréis que sea un especulador inbible... un aventurero! exclamó Eduardo con indignación.

— Pues ¿qué quieres ser, Eduardo? repuso su padre. ¿No son especuladores todos los hombres? La magistratura, la Iglesia, la corte, el ejército, la sociedad entera está llena de hombres que buscan fortuna y que se tropiezan unos con otros corriendo en pos de ella. La Bolsa, el púlpito, el salón real y las cámaras ¿no están llenas de especuladores? Tú eres uno de ellos, Eduardo, y no serías otra cosa, aunque fueses el cortesano, legislador, prelado ó comerciante mas eminente que existiera en el mundo. Si te precias de delicadeza y moralidad, Eduardo, consuélate con la reflexión de que al hacerte especulador, solo puedes acarrear la desgracia de una persona, si tu especulación consiste en buscar un buen dote. ¿A cuántas personas supones que aplastan estos especuladores de otro género cuando corren en pos de la fortuna? ¿Centenares á cada paso ó millares?

El joven no respondió y apoyó la cabeza en una mano.

— Me alegro, Eduardo, de que hayamos tenido esta

conversación por desagradable que sea, dijo M. Chester que se levantó y se paseó de un lado á otro, parándose de vez en cuando para mirarse en un espejo ó para examinar algún cuadro con el lente. Esto establece entre nosotros una confianza deliciosa y que era indudablemente necesaria, aunque te confieso que no puedo concebir que nunca hayas llegado á adivinar nuestra posición y mis designios. Me hallaba en la persuasión, hasta que descubrí tu capricho por esa joven, de que todos estos puntos estaban tácitamente convenidos entre nosotros.

— Sabía que no eras rico, señor, repuso su hijo alzando la cabeza un momento y volviendo en seguida á su primera actitud; pero nunca me había ocurrido la idea de que fuéramos miserables, reducidos á la mendicidad como acabais de pintarnos. ¿Cómo podía suponerlo yo, educado como lo he sido, y testigo de la vida y del lujo que os he visto llevar siempre?

— Eres un niño, Eduardo; permíteme que te diga que eres un niño al oírte hablar de este modo. Has sido educado según un principio de alta prudencia, y la índole de tu educación ha sostenido mi crédito de una manera asombrosa. En cuanto á la vida que llevo, es preciso que la continúe, que tenga en torno mío toda clase de comodidades. Siempre las he tenido y no podría existir de otro modo. En cuanto á nuestra situación rentística, debo confesarte que es desesperada, y que todas mis rentas reunidas apenas bastan para nuestros gastos mas insignificantes. Esta es la verdad.

— ¿Por qué no lo he sabido antes? ¿Por qué me habeis inducido, señor, á unos gastos y á un género de vida al cual no tenemos derecho?

— Oye, muchacho, repuso su padre con voz lánguida y acento de lástima; si no hubieras ostentado lujo, ¿cómo habrías podido alcanzar el dote que te es necesario? En cuanto á nuestro género de vida, todos los hombres, á no ser unos seres desnaturalizados, tienen derecho á vivir lo mejor que puedan y á proporcionarse todas las comodidades posibles. Nuestras deudas son inmensas, no lo niego, pero tú eres un hombre de honor, y procurarás pagarlas cuanto antes casándote con una rica heredera.

— ¡Qué papel de malvado he hecho sin saberlo! murmuró Eduardo. ¡Conquistar yo el corazón de Emma Haredale! Por compasión á ella quisiera haberme muerto antes.

— Me felicito de que te convenzas, Eduardo, dijo su padre, de una cosa tan evidente, y es de que no puedes continuar en esos amoríos. Pero aparte de esto y de la necesidad de buscar con diligencia por otro lado, como puedes hacerlo desde mañana si gustas, desearía que mirases con mas calma lo imprudente que era tu empresa. Bajo el punto de vista religioso, ¿debías pensar jamás en una unión con una católica, á no ser que fuese inmensamente rica, tú que has de ser un buen protestante pues descendes de una buena familia protestante? Seamos morales, Eduardo, ó no seamos nada. Aun cuando orilláramos esta objeción, lo cual es imposible, tropezaríamos con otra que es mas decisiva. La idea de casarse con una joven cuyo padre fué asesinado y hecho trozos como carneguisada, ¿no es una idea altamente desagradable? Reflexiona en lo imposible que sería respetar la memoria de un suegro que murió á mano armada, que fué objeto del exámen de los jurados y de la autopsia de los cirujanos del crimen. Esto es horrible, y basta para turbar la paz de una familia. Aun mas; esto me parece tan contrario á la delicadeza de las ideas, que, según mi íntima convicción, el Estado debía haber dado muerte á esa joven para precaver las consecuencias. Pero veo que te fastidias y que preferirías quedarte solo. Te daré gusto, querido Eduardo. ¡Dios te tenga en su santa guarda! Voy á salir al momento, pero volveremos á vernos esta noche ó mañana. Hasta entonces cúdate mucho, hijo mío, y considera que tu salud es para mí de la mayor importancia. ¡Adios, Eduardo!

Y después de haberse arreglado la corbata delante de un espejo mientras hablaba con negligencia, y á pausas, salió del aposento cantando entre dientes una cavatina de moda.

Eduardo, que parecia abismado en sus pensamientos hasta el punto de no oír ni comprender lo que decía su padre, permaneció inmóvil y silencioso.

Media hora después M. Chester salió con un traje elegante, y su hijo continuaba aun sentado, inmóvil y con la cabeza apoyada en sus manos. Parecía que habia perdido la razón.

XVI.

Una serie de cuadros que representasen las calles de Londres por la noche en la época comparativamente reciente de esta historia, ofrecería un carácter tan distinto de la realidad de lo que en el día presenciarnos, que sería difícil para el espectador reconocer sus mas familiares paseos á la distancia de medio siglo.

En primer lugar, desde el primero hasta el último, desde el mas espacioso y mas bello hasta el mas angosto y menos frecuentado, todos estaban envueltos en tinieblas. Los reverberos de torcida de algodón empapada en aceite, aunque visitados con regularidad dos ó tres veces durante las largas noches de invierno, apenas ardian cuando estaban mejor despabilados, y á una hora avanzada, cuando les faltaba la cooperación de las luces de las tiendas, no proyectaban sobre las aceras mas que un reguero de luz dudosa, dejando las puertas salientes y las fachadas de las casas en la mas

profunda oscuridad. Una multitud de plazas y callejones quedaban enteramente abandonados á las tinieblas. Las vías públicas de un orden inferior, donde una luz débil pestañeaba para una docena de casas, eran las mas favorecidas. Hasta en estos mismos barrios, los habitantes tenían con frecuencia fundado motivo para apagar sus reverberos tan pronto como los encendian, y la vigilancia era impotente para impedirlo, pues no se les daba el menor cuidado de volverlos á apagar cuando se les antojaba. Así, pues, en los parajes mejor alumbrados, habia siempre algún espacio oscuro y peligroso donde un ladrón podia ocultarse y adonde pocos se atrevían á seguirle, y la ciudad estaba separada entonces de los arrabales, que se han reunido después, por un cinturón de campos, de alamedas, de terrenos incultos y de caminos solitarios que permitían al malhechor salvarse de sus mas encarnizados perseguidores.

No debe asombrar, pues, que á favor de estas circunstancias en plena é incesante actividad, hubiese todas las noches en el centro mismo de Londres robos en las calles, acompañados con frecuencia de crueles heridas y muchas veces de asesinatos, y que las personas pacíficas experimentasen un miedo cerval cuando habian de recorrer las calles después de cerradas las tiendas. Los que volvían solos á sus casas á media noche tenían la costumbre de andar por el arroyo para estar prevenidos contra los ladrones emboscados en las paredes ó en los bordes de los portales, y pocos eran los que iban sin armas y sin escolta cuando tenían que volver desde que reinaba la noche á Kenteils Pown ó á Hampstead, y ni aun á Kensington y á Chelsea, de modo que el que ganaba algún dinero en la taberna y habia de andar una milla, pagaba con gusto á un hombre para que le acompañase con una antorcha hasta su casa.

Veíanse entonces en Londres en las vías de circulación muchos otros detalles característicos, no tan desagradables, y con los cuales se habian familiarizado mucho tiempo hacia sus habitantes. Algunas tiendas, especialmente las del lado oriental de Temple-Bar, seguían aun la antigua costumbre de colgar en la puerta una muestra, y estas bellas imágenes, rechinando y balanceándose en sus marcos de hierro durante las noches de viento, formaban para los oídos de los que estaban en la cama despiertos ó de los que cruzaban precipitadamente las calles, un concierto extraño y lastimero. Largas hileras de coches de alquiler y grupos de sillas de manos, cuyos portadores eran mil veces mas groseros que los cocheros actuales, obstruían la vía pública y llenaban el aire con sus gritos. Las bodegas nocturnas indicadas por una corriente de luz que, cruzando la acera, llegaba hasta el centro de la calle, y por el estruendo ahogado de las voces, permanecían abiertas para recibir y regalar á los seres mas depravados de ambos sexos. Debajo de los portales y en los rincones mas abrigados, los portadores de antorchas, formando pequeños grupos, perdían en el juego toda su ganancia, y algunos de ellos, mas cansados que los demás, cedían al sueño, y se dejaban caer el resto de sus antorchas en el suelo cenagoso donde se apagaban chisporroteando.

Habia también serenos armados de su chuzo y su linterna que anunciaban con destemplados gritos la hora que era y el tiempo que hacia, y los que, despertándose con su voz, se volvían de lado en la cama, la encontraban mejor al saber con deleite que llovía ó nevaba sin que ellos sufriesen las intemperies. El transeunte solitario se estremecía al grito de los portadores de sillas de mano:

— ¡Paso! ¡paso!

Cuando dos de estos hombres llegaban trotando y pasaban adelante con su vehículo vacío, inclinado hacia un lado para demostrar que estaba libre, precipitándose hacia la plaza mas inmediata. Algunas sillas de mano particulares que encerraban una hermosa dama monstrosamente adornada de collares, anillos, pendientes y encajes, y precedida de lacayos con antorchas, cuyos apagadores penden aun delante de la puerta de un reducido número de casas aristocráticas, daban á la calle un momento de alegría y animación, mientras pasaban bailando, para hacerla mas triste y sombría cuando habian pasado. Muchas veces estos hombres armaban ruidosas contiendas en la habitación de los criados mientras esperaban á sus amos, y llegaban á las manos, ya dentro de la casa, ya en medio de la calle, llenando el campo de batalla de polvo de cabellos, de pedazos de peluca y de ramilletes deshojados. El juego, ese vicio tan arraigado en todas las clases, lo habian puesto de moda las clases superiores, era por lo general la causa de estas disputas, porque los naipes y los dados se ostentaban con tanto descaro, originaban tanto mal y producian tanto mal en las caballerizas y porterías como en los salones. Mientras los incidentes de este género, procedentes de tertulias, de mascaradas y de partidas de juego, ocurrían en el extremo oriental de la ciudad, pesadas diligencias y enormes carros, no se diferenciaban mucho entonces en la velocidad, arrastraban lentamente su cargamento hacia la ciudad. El cochero, el conductor y los viajeros estaban armados de piés á cabeza, y la diligencia, con un retraso de un día y á veces de dos, era saqueada por cuadrillas de bandidos. Estos ladrones no tenían el menor escrúpulo en atacar toda una caravana de hombres y mercancías, mataban á veces uno ó dos viajeros, y algunas veces eran ellos los que morían, según el buen ó mal éxito de la empresa. Al día siguiente la noticia de este nuevo acto de audacia en las carreteras llegaba á la ciudad y daba materia para las conversaciones durante algunas

horas. Algunos días después, una procesion pública de caballeros de industria medio ebrios y vestidos á la última moda pasaba por las calles en direccion al cadalso, maldiciendo al capellan de la cárcel con una bravura y una gracia inexplicables, y ofrecia á la poblacion un rato de agradable solaz al mismo tiempo que un grande y saludable ejemplo.

Entre todos los individuos temibles que, aprovechándose de semejante estado de la sociedad, se ocultaban durante la noche en los rincones de la ciudad para hacer de las suyas, se distinguia uno del cual se alejaban con terror involuntario otros tan perversos y feroces como él. ¿Quién era? ¿de dónde venia? Muchos dirigian estas preguntas, pero nadie podia contestar. Se ignoraba su nombre, no hacia mas que ocho días que se le habia visto por primera vez, y era igualmente desconocido de los viejos y de los jóvenes malvados cuyas guaridas se aventuraba á frecuentar sin temor. No podia ser un espía, porque no levantaba jamás el ala caída de su sombrero para mirar en torno, no trababa conversacion con nadie, no se cuidaba de lo que pasaba, no escuchaba palabra alguna ni examinaba á los que entraban ó salian. Pero al espirar la noche, se podia estar seguro de encontrarle en medio de la turba de las bodegas nocturnas frecuentadas por los bandidos de toda ralea, y permanecia allí sentado hasta la mañana siguiente.

No tan solo en sus fiestas licenciosas tenia la forma de un espectro, de cierta cosa que los helaba en medio de su ruidosa algazara y los fascinaba como un fantasma, pues lo mismo sucedia cuando salia de allí. Luego que anocheaba salia de las tabernas y siempre iba solo, sin detenerse jamás ni curiosar, sino andando sin cesar con paso rápido, mirando hácia atrás de vez en cuando, y acelerando el paso despues de lanzar estas miradas furtivas. En los campos, en las sendas, en las carreteras, en todos los barrios de la ciudad, Oriente, Occidente, Norte y Mediodia, se veia este hombre deslizarse como una sombra. Siempre iba deprisa; los que le encontraban le veian pasar muy pronto, sorprendian su oblicua mirada y le veian perderse en la oscuridad.

Esta constante agitacion y esta fuga errante y perpétua daban origen á extrañas historias; se le habia visto en varios puntos tan lejanos uno de otro y en horas tan aproximadas, que habia personas que no estaban bien seguras de que este hombre, en vez de ser uno solo, no fuera doble ó triple con medios sobrenaturales para viajar de un punto á otro. El ladron de á pié que se ocultaba en una zanja le habia visto pasar como un espectro á lo largo del márgen; el vago le habia visto en la carretera tenebrosa; el mendigo le habia visto detenerse en un puente é inclinar la cabeza para mirar el agua; los que hacian el tráfico de cadáveres con los cirujanos podian jurar que se ocultaba en los cementerios, y que le habia visto huir deslizándose entre los sepulcros; y cuando se contaban estas historias al oido, causaba asombro el que el narrador, despues de mirar en torno suyo, tirase de la manga á su oyente para decirle:

— ¡Chist! está aquí.

Finalmente, un traficante en cadáveres resolvió interrogar á este extraño personaje. A la noche siguiente, cuando hubo devorado su pobre cena con el apetito de quien no hace mas que una comida al día, este hombre osado se sentó al lado del desconocido y le dijo:

— Oscura está la noche, amigo.

— Sí, muy oscura.

— Mas oscura que la pasada, aunque era negra como peca de lobo. Me parece que os ví pasar por la carretera de Oxford.

— No seria extraño.

— Ea, amigo mio, dijo el desenterramuevos, animado por las miradas de sus compañeros y dándole una palmada en el hombro; no seas tan huraño, tan poco sociable. Es preciso portarse como un caballero cuando se está entre gentes honradas. Se dice entre nosotros que habeis vendido el alma al diablo, y se cuentan de vos otras mil historias.

— ¿Acaso no hemos vendido el alma al diablo todos los que nos encontramos aquí? respondió el desconocido levantando la cabeza. Si fuéramos en menor número, tal vez nos pagaría mejor.

— Pues por vida mia que á vos os aprovecha poco, dijo el curioso cuando el desconocido dejó ver su rostro selvático y macilento y su vestido lleno de harapos. ¡Ea, penas al aire! Cantadnos una coplilla que nos haga reír á carcajadas.

— Si quereis cancionas, cantad vos si os da la gana, repuso el desconocido, pero no me toqueis si no quereis ir á cenar esta noche con Satanás. Llevo armas que hieren sin avisar, y no sabeis, buen hombre, á lo que os exponéis poniéndome la mano encima.

— ¿Es eso una amenaza? preguntó el curioso.

— Sí, respondió el desconocido volviéndose hácia él y mirando en torno suyo con ademán feroz, como si recelase un ataque general.

Su voz, su mirada y su actitud, revelaban la maldad que nada calcula y que es capaz de todo, dominaron á los presentes por medio de la repulsion tanto como por el temor. Aunque en una esfera muy distinta, era el mismo efecto que habia producido en el Maypole.

— Soy lo que sois todos vosotros y vivo como vivís, dijo el desconocido con tono severo tras un breve silencio. Me oculto aquí como los demás, y si fuéramos sorprendidos, representaría tal vez mi papel con los mejores de vosotros. Si mi mal humor no me deja tranquilo, dejadme en paz vosotros, ó de lo contrario, añadió lan-

zando una horrible blasfemia, alguno morirá aquí aunque seáis mas de veinte contra mí.

Un sordo murmullo, que causaban tal vez el terror que inspiraba aquel hombre y el misterio que le rodeaba, y tal vez tambien la sincera opinion de algunos de los espectadores de que seria un mal precedente mezclarse de una manera demasiado curiosa en los negocios personales de un caballero, cuando este juzga oportuno ocultarlos, advirtió al autor de la contienda que lo mas prudente seria zanzarla.

Pocos momentos despues el desconocido se recostó en un banco como para dormir, y cuando se acordaron de él vieron que habia desaparecido.

El día siguiente, luego que anocheció, circuló nuevamente y atravesó las calles. Mas de una vez pasó por delante de la casa del herrero, pero la familia estaba ausente y la puerta cerrada.

Aquella noche llegó á Southwark por el puente de Londres, y al entrar en una calle larga, una mujer con un cesto debajo del brazo volvió la esquina con paso ligero. Cuando la vió se colocó en un portal, permaneció allí algunos momentos, y salió para seguir á la mujer.

Esta entró en diferentes tiendas á comprar algunas provisiones para su casa, y en cada paraje donde se detuvo, el desconocido dió largos rodeos en torno suyo como un genio maléfico, siguiéndola cada vez que desaparecia. Eran cerca de las nueve, y las calles iban des poblándose de transeuntes cuando la mujer retrocedió, sin duda para volverse á casa.

El fantasma la siguió desde lejos.

La primera esquina que dobló la mujer daba á una calle estrecha y muy oscura porque no tenia tiendas. Así pues, la pobre mujer aceleró el paso como si temiera que la detuvieran y le robasen lo que llevaba, sin embargo de no ser de gran valor. Aunque hubiese tenido la ligereza del viento, era indudable que la sombra terrible de aquel hombre la hubiera seguido y alcanzado.

Por último, la viuda, porque era ella, llegó á la puerta de su casa, y casi sin aliento se detuvo para sacar la llave del cesto. Con las megillas encendidas, á causa de la marcha precipitada y tal vez tambien por su alegría de haber llegado sana y salva á su casa, se inclinó para sacar la llave, y al levantar la cabeza, le vió que estaba silenciosamente á su lado.

Era la aparicion de un sueño.

El desconocido le puso la mano en la boca, pero era inútil, porque su lengua, pegada al paladar, no le dejaba medio alguno para pedir auxilio.

— Hace muchas noches que te espío. ¿Hay alguien en tu casa? Respondé.

La pobre mujer, en vez de responder, solo pudo exhalar un sordo gemido.

— Responde con un ademán.

Ella pareció indicar que no habia nadie en su casa, y el desconocido se apoderó de la llave, abrió la puerta, empujó á la desventurada, y despues de entrar, cerró deprisa.

XVII.

La noche era glacial y en el hogar de la viuda no habia ya casi fuego.

El desconocido le sentó en una silla, se arrodilló delante de las ascuas medio apagadas, y despues de reunir las avivó con el sombrero. De vez en cuando lanzaba de reojo una mirada como para cerciorarse de que no se movia ni hacia ninguna tentativa de fuga, y lanzada esta mirada de precaucion, no se ocupaba mas que del fuego.

No sin motivo se tomaba tanto trabajo, porque su ropa estaba empapada en agua, sus dientes rechinaban y se estremecia de piés á cabeza. Habia llovido copiosamente durante la noche anterior y algunas horas de la mañana, pero desde el medio día se habia serenado el cielo. Se ignoraba dónde habia estado en las horas tenebrosas, pero su aspecto demostraba bien á las claras que las habia pasado en su mayor parte al aire libre. Manchado de lodo, los vestidos saturados de agua y pegados á sus miembros, la barba inculta, la cara sucia, las megillas hondas y arrugadas, es dudoso que existiera un ser mas miserable en la tierra que aquel hombre arrodillado delante del hogar de la viuda y vigilando los progresos de la llama con ojos inyectados en sangre.

La desdichada se cubria la cara con las manos como si temiera mirar á aquel hombre.

Así permanecieron durante algunos momentos en silencio.

El desconocido miró en torno suyo y preguntó por fin:

— ¿Es esta tu casa?

— Es mi casa. ¿Por qué venís á entristecerla?

— Dame de comer y de beber, respondió con tono áspero, ó te arrepentirás. Estoy helado hasta la médula de los huesos por la humedad y por el hambre. Necesito calor y alimento.

— ¿Sois vos el ladron de la carretera de Chiquell?

— Sí.

— Y fuisteis despues un asesino.

— Poco menos; no me faltó la intencion. Tropecé con un hombre que me atropelló en medio del camino, y le descargué un golpe.

— ¡Una puñalada á él! exclamó la viuda alzando los ojos al cielo. ¿Oís á este hombre, Dios mio? Vos le oís y sois testigo de lo que dice.

El desconocido la miró mientras con la cabeza levanta-

da y las manos crispadas en cruz pronunció estas palabras en la agonía de su llamamiento á Dios.

Se acercó entonces de un salto á ella.

— ¡Mirad lo que haceis! gritó la viuda con una voz que ahogaba y cuya firmeza cedió á la primera palabra. No me toqueis ó sois perdido; ¿lo oís? perdido en cuerpo y alma.

— Escucha, repuso el bandido amenazándola con la mano. Yo, que bajo la forma de un hombre llevo la vida de una fiera acosada, que en un cuerpo soy un espíritu, un fantasma sobre la tierra, una cosa que hace retroceder de espanto á todas las criaturas, á excepcion de esos seres malditos del otro mundo que no me soltarán, no tengo otro temor en esta noche desesperada que la del infierno en que vivo de un día para otro. Grita, alarma á la vecindad, niegate á albergarme; no por eso te haré daño. Sin embargo, no me cogerán vivo, porque es tan cierto como me estás amenazando en voz baja que caeré muerto en el acto en este pavimento. ¡Caiga la sangre que en él derramaré sobre tí y los tuyos en nombre del espíritu maléfico que tienta á los hombres para perderlos!

En aquel momento sacó del pecho una pistola y la estrechó con fuerza en su mano.

— ¡Alejad de mí á este hombre, Dios de bondad! exclamó la viuda. En vuestra gracia y misericordia concededle un minuto de arrepentimiento, y dadle despues la muerte.

— Veo que no es de tu parecer, dijo el bandido mirándola; veo que está sordo. ¡Ea! dame de beber y de comer, no sea que haga lo que no puedo menos de hacer, y entonces... peor para tí.

— ¿Me dejareis si lo hago? ¿Me dejareis para no volver mas?

— Nada tengo que prometerte, respondió sentándose á la mesa, nada mas que esto; ejecutaré mi amenaza si me haces traicion.

La viuda se levantó por fin, sacó algunos restos de carne y pan y los puso sobre la mesa.

El bandido pidió aguardiente, bebió y comió con la voracidad de un perro de caza hambriento.

Mientras se ocupaba en apaciguar su hambre, la viuda permaneció en la parte mas lejana de la cocina, sentada, temblando y sin apartar de él los ojos. Nunca le volvió la espalda, y cuando tenia que pasar por su lado para ir al armario ó volver, recogia los bordes del vestido como si temiera tocarle ni aun por casualidad, pero en medio de su terror profundo, conservaba siempre su rostro dirigido hácia el de su huésped y vigilaba todos sus movimientos.

Terminada su comida, si así puede llamarse lo que no era mas que la satisfaccion devoradora de las exigencias del hambre, acercó una silla á la chimenea, y dijo mientras se calentaba ante la llama que brotaba ya brillante y animada:

— Soy un paria para quien un techo sobre su cabeza es muchas veces un goce extraordinario, y los alimentos que rechazaría un mendigo, el regalo de un banquete. Vives aquí con holgura y decencia. ¿Estás sola?

— No estoy sola, respondió la viuda haciendo un esfuerzo.

— ¿Quién vive contigo?

— No os importa, y hariais muy bien en salir para que no os encuentre aquí. ¿Qué esperais?

— Que me haya calentado, respondió extendiendo las manos delante del fuego. Me caliento. ¿Eres rica?

— ¡Oh! sí, dijo ella con voz débil, ¡muy rica! No hay duda, soy muy rica.

— Al menos tienes dinero. Esta noche hacias cosas.

— Me queda muy poco; algunos chelines.

— Dámelos.

La viuda se acercó á la mesa y dejó sobre ella el bolsillo.

El bandido tendió el brazo hácia la mesa, cogió el bolsillo y contó el dinero. Mientras estaba contando la viuda permaneció un momento escuchando, y lanzó hácia él diciendo:

— Tomadlo todo, pero salid antes que sea ya imposible. Acabo de oír en la calle pasos que conozco muy bien. ¡Salid antes que llegue... salid!

— ¿Qué quieres decir?

— No os detengais en preguntármelo, porque no contestaré. Por horror que me cueste el tocaros, os arrastraré hasta la puerta antes que dejaros perder un momento. ¡Miserable, salid de esta casa!

— Si hay espías fuera estoy aquí mas seguro, repuso el bandido en pié y azorado. Me quedo aquí y hu cuando haya pasado el peligro.

— ¡Es tarde! exclamó la viuda que habia escuchado los pasos sin prestar atencion en lo que le decia. ¿Eso es eso? ¿No os hacen temblar? ¡Es mi hijo... hijo idiota!

Mientras la viuda pronunciaba estas palabras de terror, llamaron con fuerza á la puerta.

— Hazle entrar, dijo el bandido con voz ronca, temo menos que á la noche tenebrosa y sin asilo.

Vuelve á llamar.

El terror de este momento, repuso la viuda, pesado sobre mí toda la vida. No abriré. El crimen caerá sobre él si os hallais cara á cara. ¡Mi pobre hijo perdió la razon desde su nacimiento! Angeles de bondad, vosotros que sabeis la verdad, oid la súplica de una madre, y haced que mi hijo no conozca á este hombre.

(Se continuará.)



LA GUERRA CIVIL. — Entrada de heridos por la puerta de Montrouge durante los combates de Chatillon.

La guerra civil.

NUESTROS GRABADOS.

Varios de los grabados que publicamos en este número ofrecen á nuestros lectores los dolorosos testimonios de la guerra civil que soporta Paris despues de haber sufrido el largo y terrible asedio de los prusianos.

Hasta la fecha, todo el esfuerzo de la ofensiva y de la defensiva ha tenido efecto por la parte del Sur y del Oeste.

Por el lado del Oeste representamos el regreso á Paris de la guardia nacional que el lunes 3 de abril habia intentado avanzar hasta el Monte Valeriano. Fué uno de los mas saugrientos episodios de esta encarnizada lucha.

Desde aquel dia la ocupacion de Neuilly ha venido á ser el objetivo del ejército de Versailles; pero la guardia nacional, conducida por el comandante Dombrowski, ha logrado reconquistar la posicion.

El ruido de fusilería y de cañon en toda esa zona, es incesante.

Las bombas del ejército de Versailles han pegado en el Arco de Triunfo.

En el bosque de Boulogne y cerca de Villancourt, se oye tambien casi continuamente el fuego de la fusilería: son los centinelas que disparan á corta distancia.

La puerta de Montrouge que representamos, da á conocer el movimiento de las escenas que se producen á la entrada y á la salida de los batallones. Esos tristes cuadros que ya tuvimos ocasion de ver en la época en que habia combates contra el extranjero, se reproducen ahora diariamente.

Los decretos de la Commune se ejecutan con rapidez. Hemos visto guardias nacionales de nueva formacion al lado de sus compañeros veteranos. La guardia nacional se convierte efectivamente en un ejército, y todos reco-

nocen que se bate con el mayor denuedo. Se han visto batallones que han permanecido dos, tres y hasta cuatro dias en el lugar de la accion en las avanzadas, sin pedir que les releven.

Es verdad que la Commune tiene gran empeño en hacer un ejército con la guardia nacional. Muchos batallones están alojados en los cuarteles, y los oficiales elegidos últimamente han puesto en ejecucion muchas mejoras que la opinion reclamaba en vano durante el sitio. Así pues, el ruido de tambores y trompetas se oye mucho menos. Los oficiales mandan por señas y el modo de distincion de grados será sencillísimo. A esto añadiremos que el servicio de viveres y municiones se vigila con la atencion mas escrupulosa. De esto resulta que Paris tenia para salvarse de los prusianos un formidable ejército, y los generalés del sitio que se hallan en Versailles deben estar hoy bien convencidos de esta verdad.

L. C.



LA GUERRA CIVIL. — La puerta Maillot el 7 de abril.

Historia.

EL TRIBUNAL DE LOS DIEZ EN VENECIA

Reinando Justiniano y hácia los años de 697, se formó en las cercanías de Ravena en Italia, una República, que surgiendo por decirlo así en las lagunas del Adriático, debia de extender con el tiempo su comercio á Europa, al Asia y al Africa. Las setenta y dos islas que componen el estado marítimo de Venecia fueron en un principio el asilo mas seguro que encontraron los que huían de los ostrógodos y lombardos. Cada una de estas islas formaba una República regida por sus tribunales. Los diferentes choques que tuvieron que sostener para defenderse de los lombardos, los obligaron á confede-

rarse y reunirse en un solo cuerpo de Estado, para resistir de este modo con mas eficacia al enemigo comun. Entonces fué cuando los obispos, el clero, los tribunales, los nobles y el pueblo en una asamblea pública eligieron por primer duque ó dux á Paulo Lucas, conocido vulgarmente por Paolucio. Le concedieron la autoridad necesaria para convocar el consejo, nombrar los tribunales de la milicia y los jueces civiles y presidir á la administracion pública.

Bajo esta especie de gobierno y bajo el influjo de la ambicion se rigió la república; cuyo amor á la riqueza la hacia cada dia desear mas y mas el extender sus relaciones comerciales. No cesaba Venecia de llamar la atencion de todos los príncipes de la península de Italia, por sus grandes progresos marítimos que ya la empezaban á hacer mirar como una potencia formidable. Este mismo poder le suscitó enemigos exteriores entre los que se distinguen en primer lugar la República de Génova, cuyas rivalidades con la de Venecia fueron

causa de mil guerras saugrientas. En cuanto á las revoluciones que sufrió Venecia en su interior, basta recordar que de los cincuenta primeros duxes abdicaron cinco, fueron depuestos nueve, sacados los ojos y desterrados cinco y asesinados en varias conmociones otros cinco.

Considerado, pues, el poder marítimo de Venecia, no se extrañará que los cruzados franceses la pidiesen en 1201 una flota para trasportar su ejército á la tierra santa. Componíase este ejército de 20,000 infantes y 40,000 caballos, cuyo inmenso número exigia el que la República no pudiese suministrar el número de bagajes necesarios para su transporte, sin declararse por este mismo hecho aliada de los cruzados. La República supo sacar todo el partido posible, como hábil comerciante de esta circunstancia y de la impaciencia de que estaban los cruzados animados para cumplir su voto.

Era entonces dux de Venecia Enrique Dándolo, anciano de noventa y cuatro años y casi ciego. No quiso

este aventurar una empresa tan incierta, sin contar antes con el pueblo veneciano; con este objeto mandó celebrar y celebró los oficios divinos é hizo comparecer ante la turba inmensa, que llenaba la plaza é iglesia de San Marcos á los diputados franceses. Godofredo de Ville-Hardouin que ha escrito la historia de esta expedición, arengó al pueblo y despues de haber acabado su discurso se echaron él y sus compañeros á los piés del dux, pidiéndole con las lágrimas en los ojos que les concediese su demanda. Al verlos así el dux y todos los circunstantes exclamaron á la vez:

— Concedida, concedida.

Tal era el poder de esta República y tantas las colonias que adquirió desde este tiempo que pensó seriamente el pueblo en abandonar á Venecia y trasladar el gobierno á una de sus posesiones. Esta idea que tal fué concebida por imitar á Constantino, encontró muchos partidarios. Reunido el pueblo se puso á votacion el abandonar la ciudad; y la opinion contraria, es decir, la que se oponia á la traslacion, ganó el escrutinio por un solo voto, al que por este hecho se le llamó el voto de Dios. Cuán solemnes debieron ser los debates, de cuyo resultado pendia el abandono de la antigua patria.

Entre las diferentes guerras que sostuvo Venecia fué una de las mas encarnizadas, la que hizo á Génova en el reinado del dux Ceno. Duró once años y en el de 1236 en que estalló empezaron á hacer ver estos dos pueblos al mundo entero, cuál es el encarnizamiento con que se combaten dos pueblos cuando les anima el furor que engendran las rivalidades del comercio, Génova lo mismo que Venecia sacaba toda su fuerza de la navegacion, pues apenas se extendia á algunas leguas su territorio. Esta navegacion tenia por objeto el ir al Asia á cargar mercancías para trasportarlas á Europa. Como en aquella época aun no se conocia la brújula estaban cerradas por decirlo así, las puertas del vasto vecéano y solo costeano navegaban las vajales, navegacion cuyos peligros crecian de dia en dia con esta guerra. En vano se interpuso toda la cristiandad entre estas dos Repúblicas, para que cesasen en sus querellas; todos los esfuerzos reunidos consiguieron tan solo el que celebrasen treguas de pocos años. Es tan interesante todo lo que tiene relacion con este pueblo, que nos parece fuera de propósito detenernos algun tanto en los detalles de su administracion interior.

Habia ejercido el pueblo el derecho de elegir el dux durante los seis primeros siglos de la República; pero en el año de 1173 lo delegó en once electores. Cinco años despues se volvió á mudar de sistema, quedando á cargo del consejo supremo el nombrar cuatro comisarios, de los que cada uno designaba diez electores. Tal era el orden existente en 1249, en que murió Ceno. Prolijo seria hacer una minuciosa descripcion del método de eleccion que en lo sucesivo se siguió; baste decir, que antes de quedar el número definitivo de electores que elijan al dux, habia una porcion de sorteos y de elecciones.

Reunidos por último los electores definitivos elegian tres presidentes llamados *Priori*: elegidos estos pedian tres secretarios que se encerraban tambien. Es de advertir, que estos electores definitivos, desde el momento de su eleccion quedaban encerrados en una sala, de la que no salian hasta haber elegido dux. Eran tratados espléndidamente á costa de la República durante permanecian en esta situacion; pero les estaba prohibida toda comunicacion con el exterior, para lo que los vigilaban con la mayor escrupulosidad.

Constituida de este modo la asamblea eran llamados por orden de edad á la mesa de los *priori*: en ella escribia cada uno de su propio puño el nombre de aquel que elegia para dux, y echaba la papeleta en una urna. Dos condiciones se exigian para poder ser candidato: primera, ser miembro del gran consejo: segunda, tener mas de treinta años.

Despues de haber contado los billetes, sacaba uno á la suerte del secretario, y leia el nombre que en él estaba escrito. Oido este, todos los electores podian hacer libremente cuantas observaciones creyesen oportunas acerca del candidato propuesto. Cuando el nombre salido de la urna era el de alguno de los electores presentes, pasaba este á un gabinete separado, para dejar el campo libre á las acusaciones ú objeciones que se le hiciesen. Despues de haber oido la asamblea cuanto en contra de él se habia expuesto, volvía á presentarse, y uno de los *priori* le hacia relacion de cuanto se habia dicho, callando el nombre de los acusadores, y el acusado á su vez exponia cuanto creia oportuno para justificarse.

Finalizada esta informacion de todos los nombres contenidos en la urna, se procedia á la votacion por medio de dos urnas, destinada la una para los votos de aprobacion y la otra para los negativos: así que reunia veinte y cinco votos uno de los candidatos, el *priori* declaraba consumada la eleccion.

Tal es en resumen el método de eleccion, que tan diversamente ha sido considerado. Los unos han encontrado en él un modelo de sagacidad y de prudencia; los otros una aglomeracion de ruedas, cuyo movimiento era imposible encaminar á los resultados que el bien del país exigia. Pero todos han convenido que estos trámites tan metódicos, tan lentos, solo pueden convenir á un pueblo grave y fiel á sus antiguos usos.

Como la aristocracia veneciana temió con el tiempo que llegase tal vez el caso de hacer una mala eleccion, adoptó el medio mas seguro para evitarse arreptamientos tardíos; y fué el de disminuir insensiblemente la autoridad del dux. Siguiendo constantemente esta

política, el consejo supremo se habia apropiado poco á poco la mayor parte del poder: no contento con este aumento gradual de su autoridad aspiraba á aumentarlo mas y mas, ayudábale para la consecucion de sus miras el dux Jacobo Gradénigo. Tres patricios, Marco Querini, Badouer y Bocinónte Tiepolo contra él. Finalmente lograron comprometer en sus proyectos á varios ciudadanos, y una porcion de esos hombres, que abundan en todos los tiempos y en todos los países, que por amor á la novedad entran en cuantas conspiraciones se le presentan por descabelladas que sean. El dia 13 de junio de 1310 era el señalado para la ejecucion del plan. El 14 salió Badouer para Padua, para reunir los parciales que le esperaban, y caer de improviso sobre Venecia durante la noche: todos los que tenian parte en la conspiracion se introdujeron disimuladamente en las casas en que ya de antemano estaban prevenidas las armas. Era ya muy entrada la noche. Las tropas de los conjurados emprendieron la marcha antes del amanecer, y llegaron á la plaza de *Rialto* cerca del puente.

En ella se esperaron á que saliese de su palacio Querini. Al poco tiempo se presenta este acompañado de Tiepolo. Los principales jefes de la empresa recorren las filas, procurando exaltar la imaginacion de sus cómplices con la imagen de todo lo que mas poderío tiene en el corazon del hombre, la gloria, la venganza, la patria, la libertad.

Una de las tempestades tan frecuentes en Italia en el mes de junio, relampagó aquella noche los primeros albores de la mañana, tan impacientemente esperados. Los truenos, la lluvia y la oscuridad produjeron alguna confusion entre los conjurados. Sin embargo, atacaron algunos puntos aislados y dieron fuego al archivo de un tribunal. A pesar de lo recio de la tempestad se pusieron en marcha. Tiepolo mandaba una division. Querini se puso á la cabeza de otra y entró el primero en la plaza de San Marcos. ¿Pero cual fué su admiracion al verla llena de gente armada, que no era ni la tropa de Tiepolo ni la que Badouer debia conducir desde Padua?

El dux Gradénigo mandaba en persona aquellos hombres de armas. Se trabó el combate con el mayor encarnizamiento, y despues de disputada pertinazmente la victoria, fueron derrotados los conjurados á pesar de haber llegado Badouer. Querini fué encontrado entre los muertos: Tiepolo pudo huir: Badouer mal servido por los suyos fué cogido y condenado á muerte. Tal fué el resultado de una conspiracion que el espíritu dominante y la tendencia al poder del consejo supremo habia excitado.

Como todo ataque reprimido, hace mas fuerte al mismo gobierno que se quiere derribar, así este consolidó mas y mas el poder de la aristocracia. Siendo uno de los inmediatos resultados de este movimiento el del famoso tribunal de los Diez, á quien se encomendó el grave cargo de velar sobre la seguridad del Estado, armandole de todos los medios de fuerza y de rigor para cumplir con su instituto. Se le dispensó asimismo de todas las fórmulas legales, y se le absolvió de toda responsabilidad. Cierzo es que no debia durar sino diez dias, despues por veinte y en seguida por dos meses, y así sucesivamente hasta un año; al cabo del cual se hizo confirmar por cinco años, como si Venecia tuviese que temer nuevas conspiraciones cada dia. Trascorridos estos cinco años conoció que habia adquirido bastante fuerza para prorogarse á sí mismo por otros diez, hasta que por último fué declarada perpétua esta terrible magistratura en 1235.

Cuantos esfuerzos habia hecho para prorogarse, conseguida la perpetuidad, los dirigió este tribunal para ampliar sus atribuciones. Instituido tan solo para conocer en los crímenes de estado, se apoderó tambien de la administracion bajo pretexto de velar por la seguridad de la República, entrometiéndose igualmente en el nombramiento de los empleados, en las cuestiones de paz y de guerra; dispuso de la hacienda, celebró tratados con las potencias extranjeras y se arrogó el poder soberano, pues hasta impuso contribuciones, decretó confiscaciones y derogó las determinaciones del consejo supremo llegando su poder hasta destituir á un dux nombrado segun los usos y leyes del país.

En el año de 1454 creó este tribunal otro, dentro de sí mismo, mas terrible todavía, instituyendo el de los tres inquisidores del Estado, que acabó por someter la autoridad de los otros siete miembros á un despotismo que no tiene igual en la historia.

Tal es la necesidad que aquellos magnates tenian de subdividir al infinito la accion de la arbitrariedad mas sutil, que dos de los tres elegidos de los diez podian espiar, denunciar, condenar y dar la muerte al tercer colega, si este mas perspicaz no se habia adelantado á preaver la sentencia mandando prender á uno de sus denunciadores. Toda la sutileza metafísica veneciana no pudo prever el caso, en que de los tres inquisidores el uno fuese débil y los otros malvados. Cada uno de estos dos últimos podia en este caso, obtener el consentimiento del débil y entonces el dux tenia que firmar dos sentencias de muerte y el verdugo decapitar á dos jueces; cuyas órdenes alternativamente se veia obligado á obedecer. Tal es el famoso tribunal, y tal el gobierno de una República que por tantos años fué dueña de los mares y del comercio de Europa, Asia y Africa.

X.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 952.)

Temiendo un encuentro fatal entre los dos hombres, Mrs. Coventry escribió á su marido la carta siguiente:

« Prescindiendo de lo que sois en el dia, no olvidareis que habeis nacido noble, y bajo este concepto oireis la súplica de una mujer que es tan desgraciada por causa vuestra. Ha vuelto M. Little y yo me he alejado de Hillsborough. Si os encuentra, todo lo debeis temer de su venganza. Deseo que eviteis una catástrofe, tanto por el perjuicio que os resultaria, como por la razon de que los debates judiciales que serian su consecuencia, darian á mi triste historia una publicidad que yo quiero evitar. Hacedme el favor de salir de Hillsborough por algun tiempo, como he hecho yo. »

Despues de haber leído esta carta, Coventry hizo á toda prisa su maleta y dejando á Lally en Hillsborough para que vigilase lo que pasaba y no fuese víctima él de alguna astucia, salió en direccion á la ciudad lejana cuyo sello traía la carta.

Buscó á Gracia en todas las fondas; pero la jóven, que habia previsto lo que sucederia, habia marchado ya á una estacion de baños contigua.

Coventry la siguió sin encontrarla.

Supo despues que habia marchado á Stachisg, adonde llegó al cabo de dos dias; pero aquí perdió sus huellas y recorrió inútilmente toda Escocia en busca de la fugitiva.

Así pues, Gracia alcanzó, con sus estratagemas, el doble fin que se habia propuesto: librarse de la persecucion de su esposo y hacer que aquellos dos hombres se mantuvieran distantes uno de otro.

Cuando Enrique se cercioró de que Coventry habia salido de Hillsborough, sus ideas de venganza tomaron naturalmente una direccion nueva.

En vez de hacerse justicia por sus propias manos recurrió á la autoridad.

Una voz interior le decia que el malvado gentleman tenia sobre la conciencia mas de una fechoría; el caso era adquirir pruebas para entregarle en manos de los jueces.

Con este objeto Little vió á M. Ransome, cuyo encuentro naturalmente habia evitado desde su regreso, y halló al digno constable muy desanimado y descontento de sí mismo.

— Temo que os hayais dirigido á un mal auxiliar, dijo Ransome. Yo no sirvo ya para nada. Figuraos que desde hace algun tiempo ha habido en Hillsborough algunos robos con efraccion, de los mas osados, y no he podido descubrir al autor, aunque no me duermo. Os voy á contar lo que me ha sucedido hace dos noches. Al volver el esquizado de una calle, tuve la suerte de caer sobre una expedicion de esa naturaleza. Era en la casa del alderman Dick, una casa llena de valores, si las hay en Hillsborough. Todas las ventanas están bien resguardadas con fuertes rejas. Una de las cuevas da al corredor de la entrada por una trampa que ordinariamente atrancan por dentro. Pues bien, con gran sorpresa ví la trampa abierta. Deslizarme de rodillas hasta la abertura y echar una ojeada á la cueva fué para mí asunto de un instante. Distinguí una luz, en torno de la cual se agitaban sombras y llegaron á mis oidos algunas palabras del vocabulario de los ladrones. Esto bastó para saber lo que era aquello. Al punto dejé caer la trampa haciendo el menor ruido posible y silbé pidiendo auxilio; pero en vez de mis hombres se presentó un individuo vestido de baile, con guante amarillo y corbata blanca.

« — ¿Qué hay? me preguntó.

» — Hay ladrones en esa cueva, le respondí; he llamado á la policia que no viene, y estoy muy inquieto.

» — Yo me encargo de impedirlos salir, dijo el desconocido saltando sobre la trampa. Acabo de ver dos policemen en Acorn-street, corred á buscarlos.

» Leno de confianza en la buena voluntad de mi hombre, corro al sitio que me habia designado y vuelvo con mis dos agentes, justamente á tiempo para ver que me habian engañado como á un tonto. El oficioso personaje tan bien vestido, era un cómplice que habia facilitado la evasion de los ladrones. Todo lo que pude ver fué la punta de los faldones de su frac que desaparecia en la sombra con la velocidad del rayo.

» Era imposible pensar en perseguirlos, porque nos faltaba fuerza y además, se habian adelantado lo bastante para que les pudiéramos alcanzar... »

Ransome hizo una pausa y añadió muy contristado:

— Ya comprendereis mi confusion... Un viejo oficial de policia como yo no recelar que podia ser un ladrón aquel individuo vestido de baile... En mi vida me consolaré de mi torpeza.

— Vaya, vaya, dijo Enrique, el hombre se consuela de todo. Yo que os estoy hablando, tengo otros pesares.

— Lo que aumenta mi sentimiento de haber dejado escapar á aquel hombre, es que tengo mis razones para creer que debe ser el famoso Shifty Dick (Dick el escondido), el malhechor mas peligroso de toda Inglaterra. He recibido aviso de Lóndres de que estaba aquí.

— Pues otra vez le echareis mano.
— No hay cuidado que se exponga. Estoy seguro de que no se habrá quedado un día mas en Hillsborough despues que yo le ví tan de cerca, todos esos bandidos me conocen por mi buena memoria. Probablemente no le volveré á ver hasta el día en que llamen á alguna cárcel para reconocer su hocico y sus ojos de gato montés.

Al cabo de una pausa, durante la cual el constable pareció absorbido por un recuerdo de su aventura, prosiguió:

— Perdonadme, M. Little, porque haya prestado tan poca atencion á lo que me teneis que decir; sin embargo, sabeis que me hallo á vuestras órdenes.

— ¡Ay! dijo Enrique, mucho os agradecería que pudiérais servirme.

— Hablad.

— Quisiera que me prestárais el auxilio de vuestro ministerio para descubrir lo que me importa mucho saber.

— Veamos. He conservado algunas notas que quizás nos den alguna luz en el asunto. Venid á verme dentro de dos días.

Con efecto, dos días despues, Ransome le enseñó una pieza de convicción que no carecia de importancia.

Era una carterita con tarjetas de Enrique Coventry, que encontró en la fábrica arruinada despues de la explosion.

— Fijaos bien en esta circunstancia, dijo el constable, pues prueba que el personaje en cuestion estaba en el lugar del siniestro, ó al menos en sus inmediaciones, en el momento en que se efectuó. ¿Qué hacia allí?... Pero otra cosa he sabido. ¿Os acordais de aquel tunante de Hill que os envié la flecha tan maravillosamente apartada por Jael Dence? Pues bien, se ha marchado al Canadá... á costa de la Union; pero antes de salir hizo revelaciones, ó mejor dicho, pronunció palabras graves, dijo que habia recibido dinero de un gentleman por el flechazo, y además, afirma que el mismo gentleman no es extraño á la explosion, y que estaba en el puente cuando la chimenea y la fábrica se hundieron. Parece ser que se hallaba allí con un cómplice, á quien entregó un poco de dinero. Hill vió todo esto, y tanto lo vió que quiso sacar partido de la circunstancia, corrió al del saco de dinero que huía, y asiéndole del cuello, le dijo: « Me llamo á la parte. » Si estuviera Hill, de aquí podríamos arrancarle una declaracion terrible para Coventry. Estoy seguro de que el gentleman no se escapaba de diez años de presidio. Pero ¿cómo tenerle, á menos de marchar á Quebec?... Conozco un oficial de policia que es muy hábil... Vale la pena de emprender el viaje...

— No, no vale la pena, dijo Enrique, que habia oido con aire indiferente todas aquellas comunicaciones. No es la venganza lo que mas me interesa. ¿Acaso la venganza puede aliviar el dolor del corazon? Sí, yo padezco mucho, amigo mio. Ya ni siquiera tengo el consuelo de verla. Apenas la he visto un instante y desaparece, huye de mí... Habia creído llegar al colmo de la desgracia, y no era así, aun me falta... ¡Oh! Si pudiera verla, oír su dulce voz, me contentaria, no pediria nada mas... ¡Cuánto me arrepiento ahora de lo que he hecho... Pues yo he sido quien ha provocado su fuga.

Ransome extrañó este lenguaje.
Era la primera vez que Enrique Little le hablaba de sus amores.

Hasta entonces le habia visto luchar valerosamente con los mil obstáculos que entorpecian su carrera de trabajador, y tenia del obrero una alta idea.

Empero aquellas confianzas le revelaban un hombre nuevo; y se compadecia tanto mas de él, cuanto que, segun ciertos rumores, la vida del buen constable no habia estado exenta de grandes pesares domésticos.

Así fué, que desde aquel día aquellos dos desheredados de la suerte, se unieron con íntima amistad.

Sin embargo, pasaba tiempo y Gracia no volvía.
Enrique, perdida la paciencia y despues de haber vacilado mucho, se presentó en casa de M. Garden á preguntarle si no habia recibido noticias de su hija.

La contestacion fué afirmativa.
— ¿Es feliz? dijo Enrique Little.

— La creo satisfecha.
— ¿Vive sola ó rodeada de amigos?

— Está con personas á quienes considera como ángeles, pero que muy luego le parecerán demonios; está en un convento protestante.

— ¿En un convento? ¿Dónde?

— No lo sabreis. Lo que puedo deciros es que se halla al abrigo de las persecuciones del loco y del malvado que me la han arrebatado. Esperaba vuestra visita y la de él; pero no sabia quién vendría el primero. El loco es quien ha venido, y el loco espera que yo le descubriré el refugio de su víctima para atormentarla todavía... Salid de esta casa en donde habeis traído la desolacion con vuestra insensata fuga... Sí, huísteis como un ladron, de noche, sin advertir á nadie... De eso proceden todos nuestros infortunios.

El anciano pronunció estas palabras con exasperacion y con unos ojos inflamados, que en otros tiempos habrian encendido en furor al fogoso Enrique Little.

Sin embargo, la desgracia habia quebrantado sus fuerzas y el que le insultaba tenia canas.

— Os perdono, le dijo con calma, porque sois su padre.

Enrique se volvió á su casa desesperado, y allí encontró una larga carta de su madre, en donde le decia que le esperaban aquella misma noche en Raby-hall con un motivo que parecia solemne.

Mrs Little daba á su hijo tan poderosas razones, que el jóven no pudo menos de tomar su ropa de ceremonia y con el corazon oprimido se encaminó á la residencia de sus antepasados.

(Se continuará.)

Una expedicion á San Miguel del Fay.

(Continuacion. — Véase el número 952.)

¿Qué hombres eran aquellos y qué castillos los suyos?...

¿Qué hombres eran aquellos cuyo nombre pasando á través de todas las edades han llegado hasta nosotros como dechado de gloria y de heroismo?...

¿Qué castillos los suyos, que resistiendo á todos los embates del tiempo han quedado coronando todos los peñones como monumentos vivos de nuestra viva gloria?...

A pocos pasos del castillo se eleva una capilla de construccion infinitamente mas moderna, de época reciente.

Lo mismo que el castillo, está abandonada, desierta. ¿Qué hábito de muerte ha pasado por aquellos lugares? ¿Qué fuego del cielo han llovido las nubes sobre aquel pico?...

La puerta de la capilla estaba cerrada, pero, endeble y carcomida, bastó un pequeño esfuerzo para que nos abriera paso.

En su interior no hay mas que un altar roto, dos imágenes hechas pedazos, huesos humanos esparcidos por el suelo y las paredes manchadas de sangre en algunos parajes.

¿Qué ha sucedido allí? ¿Qué drama ha tenido allí lugar? ¿Cuyos son esos huesos? ¿Cuya esa sangre?

No se sabe. Ninguno de nuestros guias supo darnos razon alguna plausible. ¿Pertenece acaso aquellos huesos á alguna de esas bordas turbulentas y rebeldes que recientemente sembraron el luto y la consternacion en nuestra desgraciada comarca? ¡Fué convertida acaso un día esa capilla en osario de una partida de truanes! Puede ser.

Entre los once guias que llevamos, uno habia en particular, hombre ya viejo y cano, que parecia mucho mas instruido que sus camaradas, gran narrador de anécdotas y tradiciones, un buen *cicerone* en toda la extension de la palabra.

A poco de haber salido de Caldas habia ya olfateado nuestro buen hombre el flaco de que cada uno de nosotros se dolia, y como si hubiera adivinado que en mí hallaria un oyente mas crédulo ó mas atento que los otros, varias veces se me habia acercado en el camino para contarme hechos acaecidos en las inmediaciones, ó lances pasados á los viajeros.

En lugar de desatenderle, habia yo, por el contrario, excitado su verbosidad y héchome el ignorante, para dejar ancho campo á sus relaciones ó comentarios. Es un modo de obrar que siempre tengo con los guias y que aconsejo usar á los viajeros. Desde el momento en que un guia ve que se le escucha con placer, desde el momento en que no halla en los labios del oyente la sonrisa del incrédulo, desde el instante en que se cree superior al viajero, el guia deja de ser guia para convertirse en una crónica cuyas páginas se pueden interrogar con gusto. Entonces por su boca hablan la historia, los recuerdos, la tradicion, la tradicion sobre todo.

Inútil es decir pues que nos habiamos hecho muy amigos; inútil es decir tambien que, despues de haber visto todo lo que hay que ver en el castillo de Montbuy, llamé á Tomás.

— Tomás, le dije dándole un tabaco y presentándole mi cigarro para encender, ¿no sabemos nada de Montbuy?

— ¡Toma, toma! ¿Y qué es lo que quiere Vd. que yo no sepa, señor? me contestó con un aire de satisfaccion indescriptible mientras encendia calmamente su cigarro.

— Pues vamos á ver.
— ¿Quiere Vd. que le diga primero por qué se llama este monte Montbuy, es decir, *Mons bovis*, es decir, montaña del buey?

¡Ah! se me habia olvidado decir que Tomás sabia el latin. Habia sido educado por un cura, al cual sirvió hasta su muerte.

— Sí, sí, amigo mio, le contesté montando en mi cabalgadura y empezando á andar, veamos, por qué se llama Montbuy esta montaña. ¿Debe ser curioso, verdad?

La contestacion de Tomás fué empezar la relacion, que me contó con toda aquella característica sencillez, con toda aquella poética energia, con toda aquella minuciosidad de detalles que distingue al narrador catalan.

Sin dar entero crédito á la tradicion contada por Tomás, voy sin embargo á repetírsela á mis lectores, sin ninguna clase de comentarios, como creo no debe la tradicion merecerlos del poeta. Por lo demás, no es solo al guia á quien debe culparse si la verdad histórica no es muy escrupulosa en la relacion que sigue. Algun cronista lo cuenta tambien, algun libro lo refiere, si no igual, de un modo parecido al menos.

Dapifer, el primero de los Moncadas, ¿quién no encuentra en Cataluña á un Moncada allí donde hay una gran gloria que recordar, un famoso hecho de armas que celebrar, un rasgo heróico ó noble que aplaudir? Dapifer de Moncada acababa de recibir de las moribundas manos de Otjero el pendon en que cuentan que debajo de una cruz en forma de aspa habia como en los pendones de los romanos las cuatro letras S. P. Q. R. (4).

Moncada de vuelta de la gloriosa expedicion que habia costado la vida á Otjero, habia sentado sus reales al pié de un escarpadísimo monte, cuando recibió confidencial aviso de que intentaban atacarle los moros de una manera singular, no con flechas, ballestas, ni picas, sino con bueyes.

En efecto, Abdali habia discurrido un medio original para acabar con los cristianos.

Hizo reunir todo el ganado vacuno y bueyes de la comarca, cuyo número pasaba de diez mil, y trató de que fueran los catalanes atacados por ese nuevo ejército enemigo, el cual seria instigado á acometer por las saetas, lanzas y aguijones de los moros.

Dapifer de Moncada ideó entonces un modo de resistir al enemigo de nuevo género, y mandó que todos sus soldados y almogaváres formasen un escuadron en figura triangular prolongado ó piramidal, y que pusieran los cuernos de las lanzas y picas en el suelo lo mismo que algunas largas entenas para que desviasen la ferocidad de los cornudos animales.

Llegan á avistarse los dos ejércitos: adelanta la almogavería en la forma indicada, llevando su caballería apiñada en el seno del escuadron; los moros lanzan sus toros y vacas, que avanzan cercados de 3,000 jinetes que con las puntas de sus dardos, flechas y lanzas les obligan á acelerar su paso. Precipítanse los ostigados animales, pero operando entonces su movimiento los almogaváres, presentan una muralla de hierro y de aceradas puntas á los toros que, no pudiendo retener su empuje, quedan atravesados por las gruesas y macizas lanzas de los almogaváres. Mueren los primeros toros, impiden con sus cadáveres el paso á los que siguen, y empiezan á llover las flechas y ballestas de los cristianos sobre los animales que han quedado vivos, en cuyos centros siembran la muerte y la desolacion.

La falda del monte se cubrió de toros muertos. Desde entonces fué llamado aquel sitio Montaña del buey, *Mons bovis*, Montbuy.

No paró aquí el cuento del guia Tomás, estaba en vena de inspiracion. ¡Escuchábale yo tan atentamente por otra parte! Hé ahí otra de sus relaciones.

Un día se esparció por entre los moros una noticia terrible, funesta. El moro Susa de Montbuy habia muerto en la gran batalla del Panadés.

Todos lloraban, todos elevaban al cielo sus lamentos y clamores; los puñales salian de las vainas en actitud amenazadora, las manos batian irritadas el espacio, los labios proferian palabras de venganza.

¡Ay! el moro Susa de Montbuy habia muerto dejando inmensos tesoros en el castillo y ochocientas mujeres envueltas entre sus inmensos tesoros.

Selim, el moro de Granada, que habia acudido demasiado tarde en socorro de sus amigos, Selim sabia lo de los tesoros y lo de las ochocientas mujeres de Susa.

Encaminóse, pues, al castillo de Montbuy, yéndole á los alcances los valientes almogaváres, esas denodadas compañías mas tarde asombro de los reyes como ya eran entonces terror del enemigo.

Entrado que fué en el castillo, reunió á las esposas del difunto y las manifestó el deseo de apoderarse de ellas y con ellas de los tesoros.

Habia ya de antemano previsto la contestacion y por lo mismo les volvió la espalda en el momento en que empezaban ellas sus lágrimas y protestas de fidelidad al difunto.

La noche trae consejo, es un refran que diz nos viene de los moros y que indudablemente fué, á ser verdad que de ellos nos venga, inventado en aquella ocasion; pues las moras que armaron durante el día un coro indescriptible de lamentos y de imprecaciones, callaron por la noche y estaban ya consoladas y decididas al amanecer.

Así es que enviaron de comun acuerdo al moro Selim un mensaje de respeto, sumision y acatamiento á su voluntad.

Selim se sonrió. Era un sabio moro y creia conocer á las mujeres.

Una cosa sola le pedian las esposas de Susa. Que para consolarse de la pérdida dolorosa que acababan de experimentar, las permitiese vestir sus trajes de gala y festejar á su nuevo señor con un torneo en que ellas fueran las que corrieran cañas.

Selim, el sabio moro, se sonrió de nuevo, acariciando su barba, á esta proposicion que le hizo pensar en lo frágil y quebradizo que es el amor de las mujeres.

Aceptó, permitió que le festejaran ochocientas hermosas hijas de los mas ricos vergeles africanos.

Todo, pues, se dispuso para la fiesta y para la zambra. Presentáronse las moras ricamente aderezadas y vestidas con sus alcandoras de seda, oro, piedras y aljófares de gran precio, luciendo al par que su tesoro

(1) Segun otra tradicion, estas letras estaban escritas en las dos caras del antiguo pendon catalan. En la una querian decir en forma de pregunta: *Saper Populus Quis Redimet?* En la otra decian como respuesta: *Sapientia Patris Quae Redimit.* El autor de estas líneas empieza por decir á la susceptibilidad de los críticos, que así lo cuenta la tradicion, pero que él no lo cree.

de gracias, su tesoro de joyas á los asombrados ojos de Selim y de los suyos.

Ya en el patio donde apenas cabian, pidieron sus armas á los moros para jugarlas, y todos se apresuraron á despojarse de sus alfanjes y lanzas, gustosos de que sirvieran de recreo á manos esbeltas y delicadas.

Entonces fué cuando al son de los añafles y trompetas, empezó un vistoso torneo entre las mujeres, que se mostraban con ademan y semblante guerreros, y que como prácticos batalladores blandian sus mortales picas en el aire.

De pronto la escena de fiesta se trocó en escena de muerte.

Cuando mas descuidados andaban el moro Selim y sus capitanes en mirar placenteros las emociones guerreras de las moriscas damas, estas á una señal convenida de antemano, revolieron juntas contra los espectadores del torneo, y cogiéndolos desprevenidos naturalmente, empezaron con un no visto garbo, decia Tomás, á hacer rodar cabezas de infieles por el patio.

Recobrados de su primera sorpresa los moros, comenzaron á dar grandes voces y á resistirse con las pocas armas que les quedaban.

Trabóse una reñida y sangrienta batalla en el patio del castillo, de la que, con gran pérdida, salieron vencedoras las mujeres.

Ni quedó un moro para remedio, añadía el guia. En aquel instante fué cuando llegaron los almogávares, y se apoderaron del castillo y de las mujeres.

El guia calló. También nosotros habíamos llegado. Habíamos llegado á San Miguel del Fay, en cuyo patio entramos despues de haber uno tras otro saludado respetuosamente al paso un nombre escrito en grandes y desiguales caracteres en una de las gigantescas rocas que, amenazando siempre caer, se elevan á la entrada del santuario. Este nombre era PIFERRER.

X.

SAN MIGUEL DEL FAY.

Es verdaderamente una impresion imponderable la que causa San Miguel del Fay cuando al revolver de un

puñado gigantesco de peñas se presenta á los ojos del viajero con toda su pasmosa belleza y todo su salvaje lujo.

Tentado está al pronto el caminante á tomar aquella aparicion por un sueño. En efecto, parece increíble que en aquellas desiertas soledades, que entre aquellas desnudas rocas, que al fin de aquel camino pedregoso y abrasado en el que cien veces resbalan los piés de las cabalgaduras, que tras de aquellas cortinas de sombríos é impenetrables bosques que se dejan caer por las faldas de las colinas como sueltas cabelleras de las montañas, parece increíble, repetimos, que, cual evocado por la varita mágica de un encantador, asome el oasis mas peregrino, el mas delicioso *el fland*.

Todo es allí belleza, frescura, poesía. Las rocas lloran agua, las yerbas perlas. La naturaleza extiende su bordada vegetacion por las cumbres como si quisiera colgar una vistosa mantilla de encajes de los hombros de cada monte; allí las grutas son palacios, las cascadas rios, los quebrados despeñaderos abismos; allí las peñas son colinas, las colinas montañas, las montañas gradas de una escalera de Titanes. En el fondo del paisaje, como una tienda árabe le-



La batería de Breteuil, en el parque de Saint-Cloud.

vantada en el desierto á orillas de un abismo y de un manantial, asoma la ermita velada por la trasparente y nebulosa gasa de la cascada que en ancha cortina se precipita, adorno de la boca de la gruta, y que eternamente envia al Rosiñol los espumosos arroyos de sus lágrimas.

El Rosiñol es el riachuelo que sale á buscar y á recibir al viajero. Su murmullo monótono en el fondo de la hondonada, su especie de dulce canto cuando se despeña por una pedregosa cuesta, su gemido de dolor cuando se estrella en las rocas, es quizá lo que le ha valido el poético nombre de Rosiñol (Ruisseñor).

Acaso no existe retiro alguno mas deliciosamente seductor que San Miguel del Fay, ni templo mas santamente poético que aquel ante cuya puerta parece cantar siempre el torrente en idioma desconocido las alabanzas del Señor ó el *birolay* de María.

Impresionados por todo aquel imponente aspecto de la naturaleza, fué como llamamos á la puerta baja y abovedada del viejo edificio, que parecen próximas á sepultar las enormes paredes de inclinadas peñas en que se apoya. Por muy fuertes que fueran nuestros al-

dabonazos, apenas los permitia distinguir el ruido atornador de la cascada.

También en otro tiempo, en época ¡ay! muy remota ya, cuando poblaban aquel retiro los solitarios de San Victor, un hombre, un peregrino lo mismo que nosotros, vino á agitar el pesado aldabon de abovedada puerta y á pedir hospitalidad á los venerables monjes de luenga barba que allí se entregaban á la oracion y al estudio, como mas tarde Carlos V colgaba su espada y arrinconaba su lanza para ir á vivir en un monasterio, como él también cambiaba un trono por una celda como él decía adiós á todo un pasado de glorias y de batallas para amortajarse vivo en el silencio religioso de un claustro. Era este hombre don Guillermo Berenguer, hijo del conde de Barcelona don Berenguer Ramon I que antes de retirarse al silencio, al ayuno, á la oracion, cedía generosamente á su hermano el condado de Ausona que por legado de su padre tenia.

No salió á abrirnos á nosotros como á él un monje venerable y pausado, sino el buen hombre único morador ahora con su familia de aquel recinto. Nuestra caravana entró en el terraplen ó patio que domina el

abismo. Allí nos apeamos de nuestros mulos que desaparecieron conducidos por los guias, y entramos en una especie de zaguan, cuyas paredes están cubiertas hasta el techo de inscripciones y leyendas en todos los idiomas y de nombres de todas clases y categorías.

Preséntase de frente á la puerta una escalera recta, que conduce á las habitaciones superiores. Esta escalera no tiene estribo en la parte superior y su trabajo es admirable por lo mismo, de mérito raro y singular. Varios arquitectos á quienes ha llamado la atencion su estructura, han pedido diferentes veces el permiso de derribar esta escalera con objeto de averiguar el secreto de su construccion, pero les ha sido siempre negado por temor de que derruida una vez, acaso no conseguirian volverla á levantar en la misma forma y modo.

En la pared del último tramo se ve pintada la figura gigantesca de un soldado romano apoyado en su lanza y en su escudo, bárbara pintura, hija tal vez de un capricho en remotos tiempos y que han respetado las generaciones que en la ermita se han sucedido.

(Se continuará).

VICTOR BALAGUER.